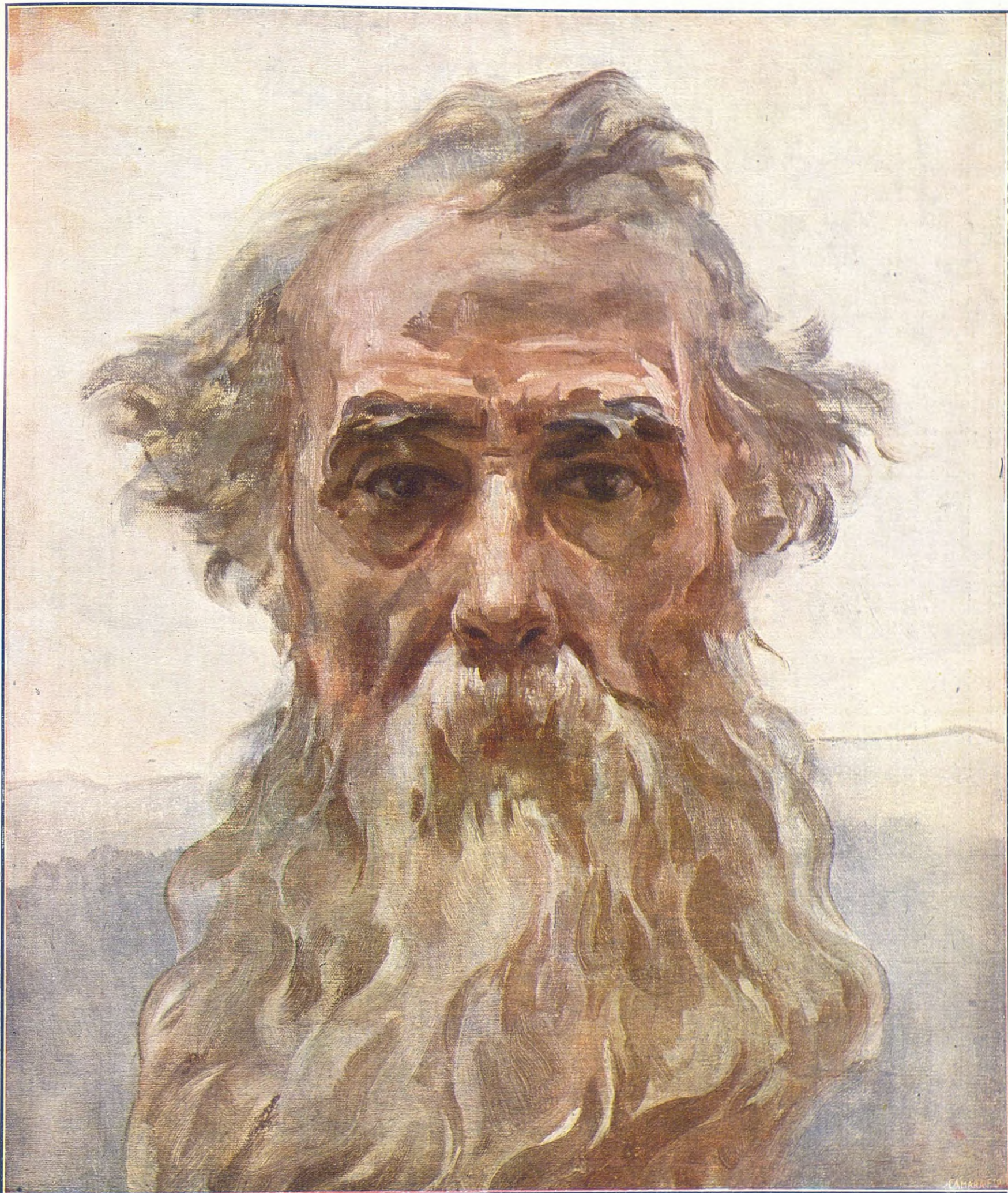


La Esfera

24 Marzo 1917

Año IV.—Núm. 169

ILUSTRACION MUNDIAL



EL PADRE ETERNO—Estudio para el techo de San Francisco el Grande, original de José Garnelo



AQUEL gentil florón que tuvo la corona de Castilla, Benjamín de nuestro Imperio colonial que no le servía a España más que para fingirle elector de siete diputados cuneros, avanzada de las Antillas que se llama Puerto Rico y que, por extraña paradoja, sigue siendo española de corazón, ha acogido cordial y efusivamente a Eduardo Zamacois.

Peregrino del ensueño, el ilustre escritor ha comenzado a recorrer América, hablando a nuestros hermanos de un posible ideal español, de una posible convivencia espiritual, en un mismo anhelo. Fracasado el Estado castellano, habiendo encanallado todos los ideales históricos, incapaz de unir allá a las colonias dispersas y desamparadas por toda América, ni de hacer aquí una gran nación, los cruzados de la cultura creen que puede forjarse una unidad hispánica sin otra territorialidad que las páginas del libro o de la revista. Así Zamacois, lleno de fe ha comenzado su peregrinación hablando a los hispano-americanos de cómo son nuestros escritores y nuestros sabios; de cómo una juventud animosa quiere llegar a las cimas del Arte y de las Letras, resucitando un Siglo de Oro que tenga también por escenario, como el de los Felipes de Austria, una patria en la que se merman los territorios y se dilapidan los caudales de la nación, mientras el pueblo se regocija en los torneos, mendiga en los soporales de los grandes y se burla de los maestros de escuela.

En este renacimiento del pensamiento español, Zamacois va a la cruzada de la reconquista espiritual de América sin otra arma ni otras legiones que los libros. Para esta obra es preciso que el libro español se difunda, que se venda por millares de millares, que en toda América se conozca nuestro ideal, que el lector americano sienta la belleza a través de nuestro temperamento y nuestra estética... Y he aquí que estas armas, con las que habíamos de luchar en esta gran empresa, apenas tienen agresividad. Mal podemos conquistar el alma de tantos pueblos, de tan varia cultura y con tantos prejuicios históricos, cuando de cada libro los editores imprimen media docena de millares. Así, a los escritores españoles nos conocen en el inmenso mundo hispánico, cuyos ojos no ven ponerse el sol, unos millares de espíritus curiosos o cultos o selectos. Así, somos como apóstoles en el desierto. Así, el rehacimiento de una Iberia espiritual, ideológica en que se condensen los anhelos de toda la raza, es un ensueño que se desvanece apenas queremos aproximarnos a su halo y tocarlo con las manos como si fuese una realidad.

Los escritores acusan a los editores y a los libreros. Una sordidez tradicional, un rutinismo que quiere hacer del tráfico de los originales manuscritos una de las infinitas formas de la usura, impiden que el libro español se difunda y que tengamos los miles de millares de lectores que deberíamos tener. Los editores, en cambio, dicen que nuestro libro no tiene superioridad intelectual

sobre el libro francés, ni aun ya sobre el libro argentino o chileno o cubano. Podría darse el caso de que el renacimiento literario hispánico se produjera con mayor intensidad en los pueblos nuevos que en la vieja metrópoli. ¿Quién tiene razón? ¿Los escritores o los editores? Es posible que ambos y es posible que ninguno. Es posible que una mayor agilidad y diligencia editoriales logran vender en América mayor cantidad de libros españoles; es posible también que una mayor variedad y amenidad en los libros que escribimos los escritores españoles les dieran mayor radio de acción y facilitarían a los libreros mayores núcleos de lectores.

Pero en el fondo sería igual. Lo que al libro español le falta es un intenso mercado consumidor en España. Sobre esa base fácil y propia se acrecentaría la habilidad del editor y la intensidad del escritor. Entonces el mercado mismo estimularía la producción literaria; la haría un medio de vida generoso en el que invertirían su capacidad muchos que hoy se consumen en otras luchas y otros trabajos. La exportación del libro, la conquista espiritual de América, serían un desbordamiento de este exceso de ideales y de este ennoblecimiento económico de las Letras españolas. Se crearía en España el ambiente de gloria y de riqueza que rodea, ampara y enaltece a los grandes escritores de los países cultos. Somos una nación de veinte millones de habitantes, donde se enorgullecen de su éxito un periódico que tire 80.000 números y un autor que venda 1.500 ejemplares de su libro. En esa proporción está todo el problema de nuestra producción literaria. El Estado no cumple su deber de enseñar a leer a los niños, y los que aprenden a leer llegan a aborrecer el libro. Toda la tiranía y molición y estulticia de nuestro régimen escolar se condensa para el estudiante en el libro de texto. Hay que meterse en la cabeza para aprobar la asignatura, para ganar el curso, para coger el título, y cuando se coge el título o se ha hecho la oposición y se ha asegurado el modesto modo de vivir, se queman los libros y no se vuelve a coger uno en la vida.

Así, me pregunto muchas veces cómo habremos de intentar esa reconquista del alma americana, cuando no estamos ciertos y seguros de poseer el alma española y aun si no se dará el caso de que sean los escritores americanos, tan cultos, tan intensos, tan originales hoy en la Argentina y en Cuba, en Chile y en Venezuela, en Colombia y en México quienes tengan que venir a la Península, si no a conquistarnos, a zamarrearnos y sacarnos de nuestra modorra. El caso no sería nuevo, que de allá nos vino, con Rubén Darío, todo el resurgimiento de nuestra poesía.

Ciertamente en la amplitud de América hay o debe de haber dos grandes mercados para el libro español: el de los americanos y el de los españoles expatriados. Dijérase verdad si confesáramos que hoy no poseemos más que el segundo y en él un cincuenta por ciento de emi-

grantes salió de España sin saber leer y la otra mitad sin el hábito de leer. ¿Qué propagandas no serían necesarias para convertir en lectores a estos hispanos que no saben o no quieren serlo? Caballero andante del ideal, gran conquistador de ensueños, sugestivo y sugestionador, Eduardo Zamacois ha logrado despertar en Puerto Rico la añoranza española. Acaso los espíritus estaban ya bien preparados. En la escuela e Instituto que lleva el nombre del poeta José de Diego, se había llegado a hacer una fe, una religión del habla castellana frente a la invasión artera y forzada del idioma inglés, pero, a pesar de su prestigio y de su elocuencia, ¿logrará otro tanto Zamacois cuando recorra otras tierras del Continente donde perdura el recuerdo del coloniaje, convertido en leyenda de tiranía, de expoliación y de crueldad? Acaso, el problema de ir a conquistar todo ese mundo hispano, que nutre España cada año, ofrendando a América su fecunda producción de miserable carne emigrante, ¿no sería más fácil de resolver, conquistando aquí a los hombres para el amor de la patria antes de que emigren, enseñando a leer y a amar el placer de la lectura a todos los niños, engendrando un ideal español de raza que yo no conozco sino en vanas palabras retóricas?

Y puestos todos a ser cabaleros andantes del ideal, paladines de la cultura, difundidores de nuestras letras, ¿por qué ir a San Juan de Puerto Rico, a Nueva York, a Buenos Aires y a Lima? Más cerca de nosotros y más necesitadas de apostolado están Cuenca y Soria, Teruel y Palencia, Cáceres y Albacete, el ochenta por ciento de nuestras capitales de provincia y la totalidad de las ciudades, las villas y las aldeas, donde los españoles no tienen nuestra Literatura ni ninguna otra, donde no vamos a competir con el libro francés o inglés, ni siquiera con el libro español estampado en prensas extranjeras, sino a luchar con una incultura que es nuestra propia afrenta y nuestro propio empequeñecimiento.

Así, no es América la que tenemos que conquistar, sino el Ministerio de Instrucción Pública de España que no cumple con su deber de enseñar a leer al que no sabe. Indudablemente los que buscan el contacto con el alma americana responden a un sentimiento de raza, un poco atávico en nosotros. En Zamacois, por ejemplo, osado y decidor, soñador e inquieto, resucita Ercilla con su espada y con sus trovas, pero henos aquí, en plena meseta de Castilla, donde está la raza y sus problemas y las causas de su aflicción. En vano estimula a nuestra periferia el ejemplo y el soborno de los demás pueblos. En veinte millones de habitantes hay ochenta mil lectores para un periódico; dos mil lectores para el mejor libro. Nuestra mayor gloria literaria se ve forzada a una senectud pedigríeña y andariega. ¡Oh, decidle a Zamacois que vuelva, que hay mucho que predicar por estas nuestras tierras castellanas!

DIONISIO PÉREZ

EL TAJO DE RONDA

Tajo de Ronda bravío,
dura Peña
por los formidables brazos
de los ciclopes abierta
en dos murallas gigantes
que al cielo sus picos llevan.
Torvo fantasma de roca,
como un trago de la sierra,
con la frente coronada
por la yedra,
el encanto te acaricia,
el misterio te rodea,
te immortaliza la Historia
y te adorna la leyenda.
Arriba, el sol con sus oros
tu frente de roca besa
y al envolverte en su lumbre
reconoce tu grandeza,
y las águilas caudales
que junto a las nubes vuelan,
al borde de tus honduras
sus alas ativas pliegan.
Abajo, cantan las aguas
sus cristalinas endechas,
tejen encajes de espuma,
de las paredes se cuelgan,
y entre guijarros esconden
sus cadencias.
Entre las sombras nocturnas



la imaginación sedienta
de ensueños y de ideales,
medita, se aduerme y sueña
y a tu misterio se asoma
fingiendo extrañas quimeras.
El sol, metiendo sus rayos
en los velos de la niebla,
forma un dorado palacio
donde vaga prisionera,
como una luz en la noche,
una soñada sobeya,
con sus cabellos de endrina
y sus labios de cereza.
A un ajimez asomada,
de afán amoroso tiembla
y entorna los dulces ojos
como quien teme o espera.
Tal vez descubre a lo lejos
la hoja brillante y siniestra
de un alfanje que en las sombras
sus leves pasos acecha.

ooo

Tajo de Ronda bravío,
torvo fantasma de piedra,
en tus entrañas florece
una rosa de leyenda.

José MONTERO

FOT. SOL

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



RETABLO MAYOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, EN DUEÑAS (PALENCIA)

FOT. LUIS R. ALONSO

Este hermoso retablo, compuesto de diecinueve cuadros esculpidos en relieve, y dieciocho magníficas estatuas de afiligranados doseletes, pertenece á la misma época en que fué construida la iglesia en que se halla colocado, ó sea á la primera mitad del siglo XIII, ignorándose á qué artista de aquel tiempo corresponde su talla, que es verdaderamente espléndida.

LA ESPERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EN EL TOCADOR (fragmento)

Cuadro original de José Garnelo

LA MUERTE DE UN REY

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

FINALIZABA el mes de Noviembre de 1885 y temíase por muchos que un grave trastorno interrumpiese de nuevo el curso de la historia de España, frecuentemente alterado por dañosas violencias. La salud del Rey era una preocupación nacional: recluso en El Pardo, oculto el augusto enfermo á justificadas indagaciones y curiosidades más ó menos impertinentes, sólo se sabía de él lo aseverado por los relatos que adulteraba la conveniencia ó la pasión política.

De la magnitud del mal estaban enterados únicamente quienes por razones de cargo hallábanse cerca del Rey, y aun éstos sabían á medias lo que sabían.

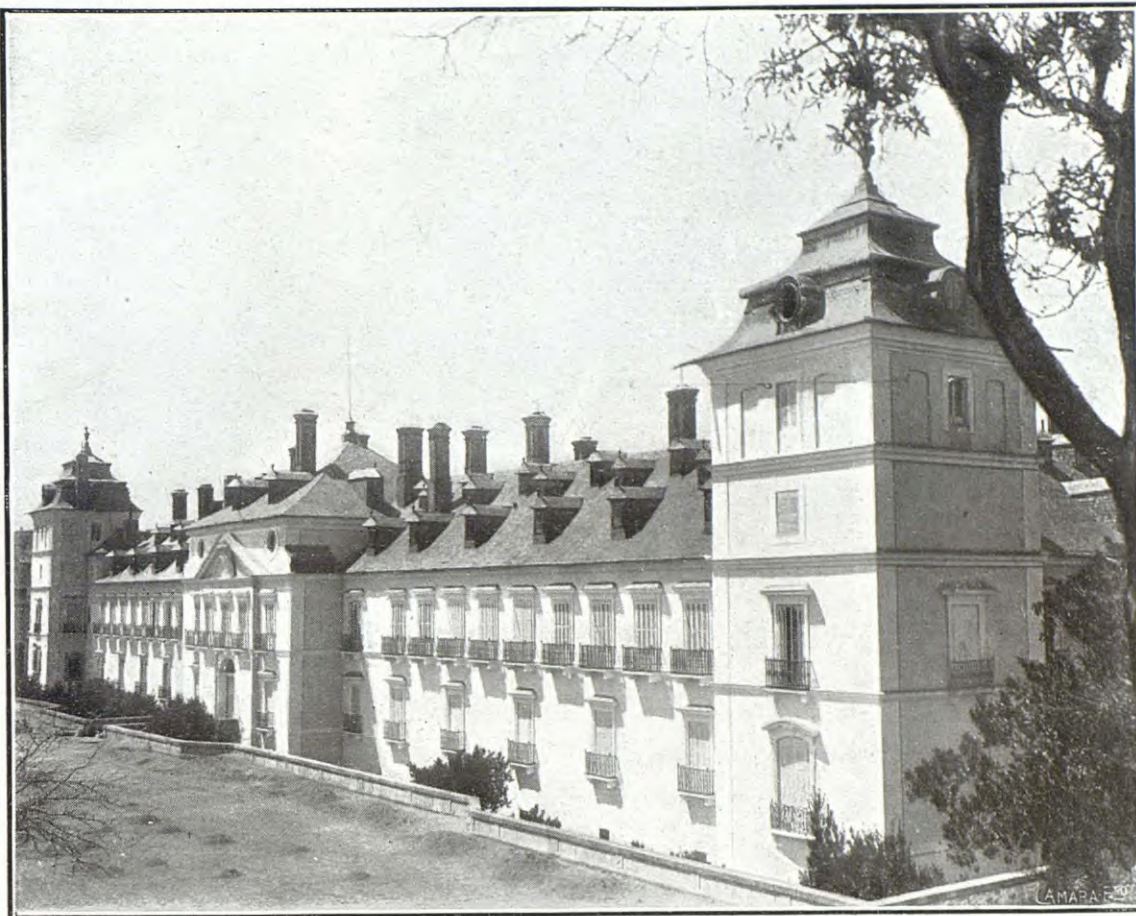
Era difícil rendir el ánimo á la brutal evidencia de que un joven, lleno de brío espiritual, se malograba cuando había más necesidad de sus alientos varoniles y de sus patrióticas esperanzas. Además, el Monarca mostrábase con entereza extraordinaria para que no cundiesen en el país perturbadoras alarmas, y aun sintiéndose desfallecer, erguía animoso, substituyendo con fortaleza moral la física de que carecía.

A pesar de las inquietudes políticas, hacíase en Madrid la vida ordinaria. El doctor Letamendi, personalidad notable de la época, daba brillantes conferencias acerca del origen de la escritura. Aquel D. José Letamendi fué verdadero símbolo de la intelectualidad española del último tercio del siglo XIX. En el cerebro del doctor, á quien se ha olvidado injustamente, bullían en consorcio feliz opiniones científicas, alardes artísticos que daban por resultado libros bellos y otras repletas de ingenio, de ideas y de amenidad. Pero por el estado de salud del Rey y por la inquietud amenazadora de las fuerzas republicanas, en franca actitud revolucionaria, era la política en aquellos momentos que evocó, nota culminante en la Corte. Después de un intento de sublevación fracasado en Cartagena, los conspiradores apercibíanse para lograr el cambio de régimen al desaparecer de la tierra el Monarca que había dado realidad á la Restauración con sus brillantes cualidades.

En la Tertulia Progresista, en los Centros radicales murmurábase que el Rey estaba herido de muerte, y en la atmósfera flotaban presagios siniestros que hacían verosímiles los sucesos de 1885, año en que fueron frecuentes los desasosiegos y turbulencias.

El Gobierno seguía diciendo que no pasaba nada; en la *Gaceta* insertábase el parte diario afirmando que la salud del Monarca era excelente, y sin que saliesen á la superficie noticias sensacionales, el hervor de la murmuración producía de continuo augurios, inquietudes y amenazas.

El día 23 de Noviembre estuvo Cánovas en El Pardo. A su regreso del Real Sitio quedó des-



Vista del Real Palacio del Pardo, donde falleció Alfonso XII

truido el secreto tan afanosa y cruelmente conservado. ¡El Rey estaba gravísimo! Hubo conferencias, cabildeos, idas y vueltas de personajes de campanillas y hasta de señores casi insignificantes, de esos que gustan de danzar en las ocasiones solemnes.

Los periódicos se atrevieron á decir algo acerca de la salud del Rey. Su augusta familia salió el 23 para El Pardo; reuniéronse en consulta los



EL GENERAL SERRANO BEDOYA

doctores D. Tomás Santero, Alonso Rubio, Sánchez Ocaña, Calvo Martín, Candela, Camisón y Ledesma. Estos eminentes profesores, ninguno de los cuales existe ya, consideraron desesperado el caso. La disnea implacable arrebató la vida de aquel soberano tan amante de España que, frente á la invencible realidad, rodeado de los suyos, dijo con doloroso acento:

«¡Qué conflicto!»

D. Alfonso XII, en trance de agonía, puso el ánimo en la Patria, sintiendo el temor de que retornaran los días anárquicos en que toda rebeldía quiso imperar y toda ambición tuvo deseos de hartura.

El día 24 fué de verdadera consternación. Los valores públicos bajaron de modo tremendo; los periodistas anduvimos aquellas

tardes del 24 y de 25 por la Plaza de la Leña, que era el sitio donde entonces albergábase la Bolsa y en los corrillos todo era decir que había llegado la hora de una nueva transformación total del país.

Cerráronse los teatros y hubo duelo público más que por las disposiciones protocolarias por la pesadumbre que producía el alejamiento de esperanzas brotadas al calor de efectivas grandezas.

Cánovas no perdió minuto, y haciéndose cargo de la situación, pensó en que el nuevo reinado sólo podía inaugurarlo el partido liberal, con lo que en medio de la noche cerrada de la catástrofe, empezaron á percibirse los resplandores de futuras prosperidades.

La Villa y Corte mostrábase tristonía. El teatro de Apolo, donde por el feliz estreno de *El soldado de San Marcial* ganaban mucho dinero, cerró las puertas, como era debido, de igual manera que los demás centros de diversión, entre ellos la Princesa, que tuvo un primer año desdichadísimo, y el Real, donde brillaba en tal sazón la Gargano, famosa cantante á la que de seguro recuerdan con gusto cuantos tuvieron el de escucharla.

En los periódicos trabajamos de firme, y eso que las informaciones de hace treinta años no eran como las actuales, ni por lo extensas ni por lo detalladas, ni por lo completas. No había suceso que ocupase más de dos columnas, precisamente el espacio que ahora se dedica á lo más trivial.

Castelar, encerrado en su posibilismo, no quiso abandonar los procedimientos legales. Sagasta, con todos los elementos liberales, se puso al lado de la augusta viuda, encargándose del Poder en momentos críticos; todos los militares ofrecieron sus espadas al Trono, y casi al mismo tiempo que desaparecía de la vida el Rey de España, entraba en la eternidad el General Serrano, el vencedor de Alcolea, el que representó la más alta cumbre de la revolución de 1868.

Por la transcripción,

J. FRANCO RODRIGUEZ

LA ESFERA
ARTISTAS DEL TEATRO REAL



ÉLENA RAKOWSKA

Prestigiosa soprano del Teatro Real,
que ha hecho una genial creación de
la protagonista de la ópera "Fedora"

ENVÍO DE ATALANTA



(Poesía inédita de Rubén Darío)

*Escrita para el Album de la
Sra. Regina Alcaide de Zafra.*

Corre, Atalanta, corre, y tus rosas al viento
dejen de su perfume la embriagadora estela;
corre, Atalanta, corre, vuela, Atalanta, vuela
veloz como el relámpago ó como el pensamiento.

Deja atrás las montañas pintorescas,
en donde Diana
y sus ninfas hermosas,
al triunfo de la lírica mañana,
se coronan de rosas
frescas.

Y cuando hayas dejado el terrestre elemento,
vuela sobre la mar como las golondrinas,
y bajo las estrellas que en su azul firmamento
se coronan de rosas diamantinas.

Y en 'o azul infinito, detén tu rauda empeño
cuando llegues á la isla en donde mora
la princesa que un día vió un Simbad del Ensueño
que se guió por la huella del carro de la Aurora.

¡Atalanta, alma mía!
¡Alma mía, Atalanta!
Es allí donde eternamente canta
su noche un ruiseñor, una alondra su día.

Hay un jardín y en el jardín hay una
fuente donde se abrevan

pavorreales del Sol y cisnes de la Luna.
Limoneros fragantes sus azahares nievan
y regula las horas una invisible lira.

Y en un palacio de oro maravilloso mira
á la bella señora
que nostálgica mora;
y dile de mi parte si ha llegado la hora
que mi espíritu anhela...

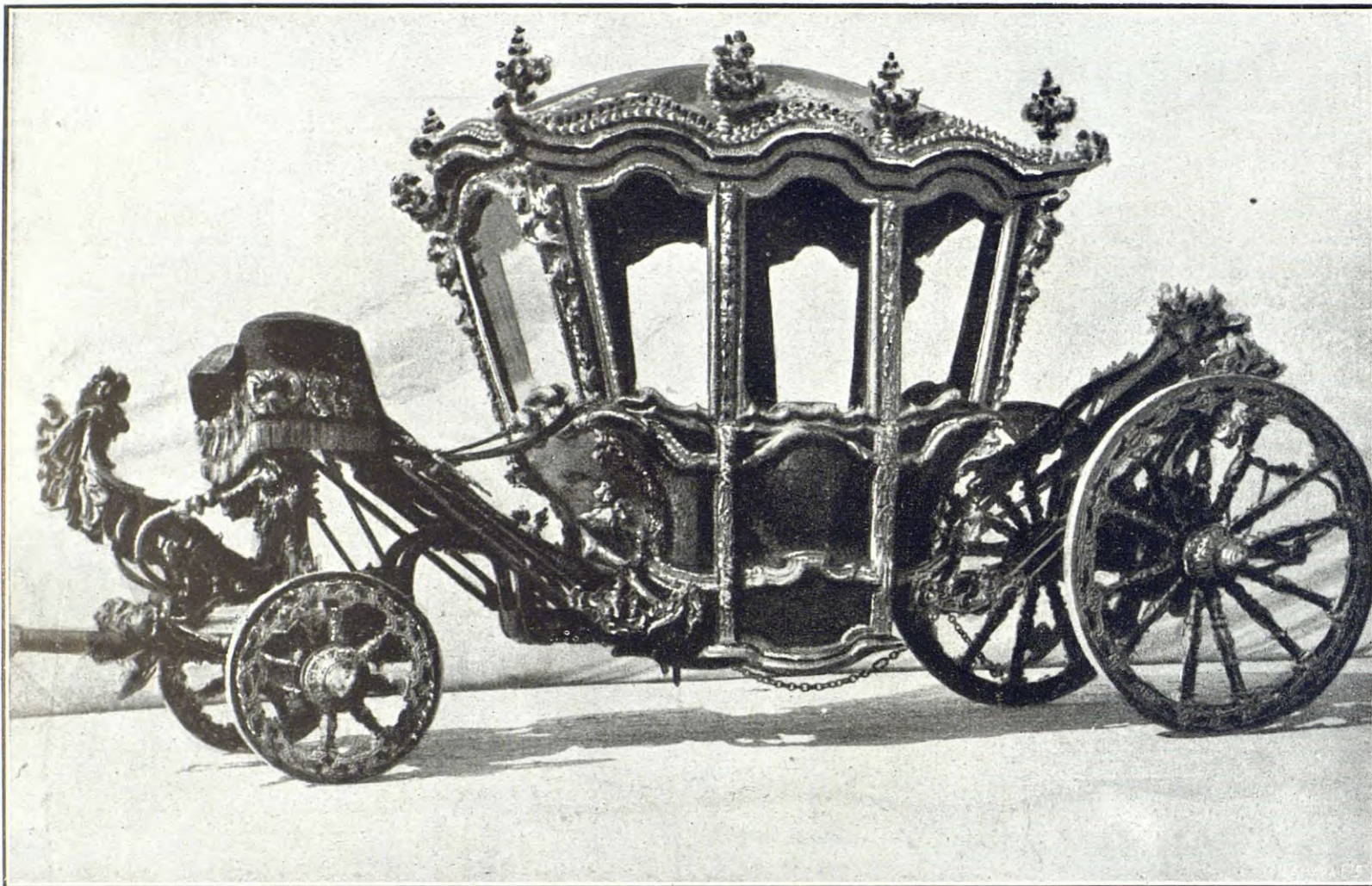
Y si dice que sí, ven al momento.
Corre, Atalanta, corre, vuela, alma mía, vuela
veloz como el relámpago y como el pensamiento...

RUBÉN DARÍO

DIBUJO DE BARTOLOZZI

Madrid. 1899.

MUSEO DE COCHES



Coche de D. Juan V, de Portugal, construido en la primera mitad del siglo XVIII, existente en el Museo Nacional de Coches de Lisboa

No sé por qué he visitado el museo de carrozas reales de Lisboa. Es una clase de museos que me disgusta siempre. No pierden su olor á cuadra y tienen una atmósfera de sacristía. Todos esos uniformes, libreas y arneses de gala antiguos y modernos no me parecen jamás piezas de museo. Lo grosero de su empleo, su primera materia, su forma poco noble me hacen pensar en la caballeriza vulgar, á pesar del lujo de todos esos objetos. Las badanas, las telas, todo tiene ese olor característico suyo que, á veces, parece depender de la forma.

Sin embargo, la colección de carrozas antiguas que posee Portugal es digna de llamar la atención, sobre todo por su riqueza.

Fué Felipe II de España el que introdujo en Portugal esa moda. Está en su museo la carroza que usaba, armada en hierro, cubierta de cuero y bricado que yo miré con la misma repugnancia con que me aparto de su sillón en El Escorial.

Después la moda se fué extendiendo; no sólo los reyes, sino los nobles, y hasta los burgueses ricos, se mandaban construir carrozas de gala, de tamaño enorme y de gran lujo, hasta el punto de que las leyes suntuarias tuvieran que

poner coto al derroche y ordenar que el color encarnado no pudiera ser usado más que por la casa real.

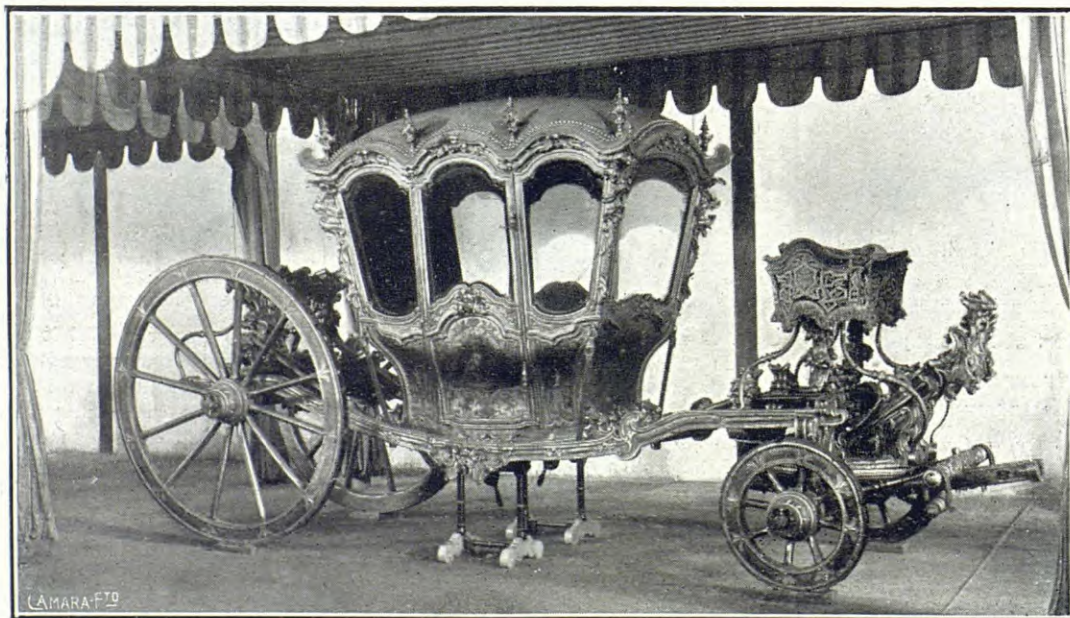
Paseando entre la doble fila de carrozas del museo, todas nos parecen iguales, á pesar de sus variaciones de forma, de decorado y de color. Hay en todas la misma extensión de la montura, lanza y ruedas, sobre las que descansa la caja. Son igualmente recargadas, como si se contara con el efecto que deben producir su pesadez y su tamaño. Hay que tener en cuenta lo

que eran la mayoría de las calles de Lisboa, estrechas y en cuesta, para ver cómo pasarían estos coches, rozando los muros y tropezando con los balcones.

Como era imposible cruzarse dos vehículos, uno de ellos estaba obligado á retroceder; pero muchos hidalgos encontraban deprimente para su dignidad ceder el paso. En más de una ocasión ésto fué origen de desafíos y de pendenias. Los criados ponían mano á las armas y se daban verdaderas batallas; hasta que al fin hubo

que prohibir el uso de armas á cocheros y lacayos y ordenar que el obligado á dejar el paso era el que subía la cuesta. Ahora que sólo vemos salir estos coches en las procesiones ó en actos oficiales, de marcado carácter teatral, no nos damos bien cuenta del efecto que producirían en su uso corriente y diario, cuando no existía el coche de alquiler, el tranvía y todos los adelantos modernos. El lujo que representaban las carrozas era tal, que las llevaban las princesas en sus dotes como joyas preciadas.

Están en el museo los coches de Isabel de Saboya, María Victoria de España y Sofía de Neubourg. Son todas ellas como estufas doradas, bambo-



Carroza de la Marquesa de Alcántara, que fué adquirida por S. M. y que se conserva en el Real Palacio de Madrid

FOT. CASTELLÁ

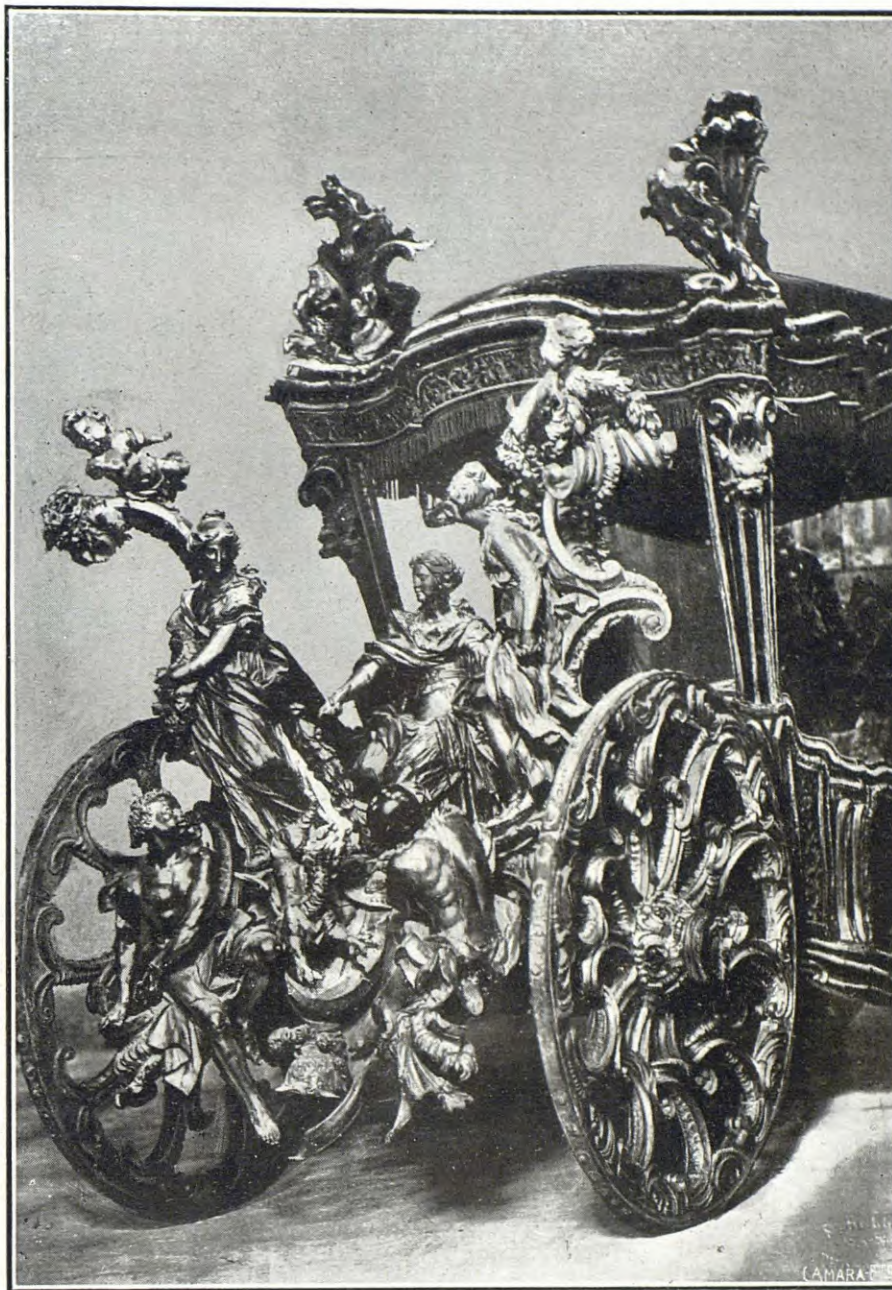
leantes, de cojines altos, que tienen algo de litúrgico, como un palacio bajo el cual sólo pudieran acogerse las reinas. Han contribuido estas carrozas al papel de las reinas en la historia; por esos vidrios, entre esas columnas, en medio de esa floración de pinturas y esmaltes, bajo la realeza de las sedas y los terciopelos deben entreverse perfiles de rostros de princesas, pero de esas princesas que á la vez que figuras históricas son figura de leyenda y que han influido tanto con sus amores y sus intrigas en la vida de los pueblos. Las reinas, para pasear en estos coches, deben ir *vestidas de reinas*, con la corona en la cabeza; si no el coche tiene más importancia que la reina.

Hay carrozas más sencillas, carrozas de infantes; son más espaciosas, más ligeras; no sé por qué fenómeno me parece que en cada una de ellas va á estar guardada la princesita como una muñeca de cera. En cambio no se concibe bien en ese marco á los príncipes y á los reyes, que son menos decorativos con sus trajes severos y sus semblantes barbudos ó bigotudos. Debían engalanarse como los reyes de los naipes, con corona y manto de armiño.

Hasta los caballos necesitan engalanarse. Los tiros de estos coches tienen algo de cuádriga, de la majestad real de los varios pares de caballos que piafan y se encabritan, con sus arneses de plata y sus penachos de plumas.

Los coches más espléndidos son los de D. Juan V. Tenía verdadera pasión por las carrozas. «Mi disipación enriquece á mi país», solía decir. Su gran alarde de soberbia y riqueza está representada en las carrozas en que fué á Roma el embajador portugués D. Andrés Melo de Castro, enviado para anunciar al papa Clemente XI el nacimiento de su hijo.

Además del lujo, el tamaño y la factura de estos coches, llevan detrás varias figuras humanas de bulto y tamaño natural, laminadas de oro, que representan unas las cinco partes del mundo y otras las virtudes, la prudencia y la justicia.



Detalle de una de las suntuosas carrozas del Monarca de Portugal D. Juan V

La caja va resguardada por cortinas de brocado, y sobre su remate varios amorcillos renacimientos sostienen la corona real.

Habría que ver estos coches preciosos recorriendo los caminos, jornada tras jornada, para atravesar los montes extremeños, los campos de Castilla, cruzar los Pirineos, pasar por tierras

de Francia y recorrer media Italia hasta hacer la entrada triunfal en Roma entre las aclamaciones de la multitud asombrada del alarde del monarca portugués.

Tiene este viaje algo de marcha triunfal y de empresa épica, como la marcha de Aníbal.

Lo más asombroso es que no sólo fueron á Roma, sino que volvieron á Portugal con el Embajador y su séquito, haciendo salir á contemplar estas montañas de oro, heridas por el sol, á los moradores de los pueblos que encontraban en su ruta.

Volvieron vacías, aunque fueran llenas de presentes hechos al Pontífice por el Rey, con una ostentación de brasileiro rico en aquel tiempo de poderío y de conquistas.

Ahora todo esto representa los restos de una grandeza pasada, cuando una nueva era de grandeza se inicia para Portugal en forma más decisiva y más humana.

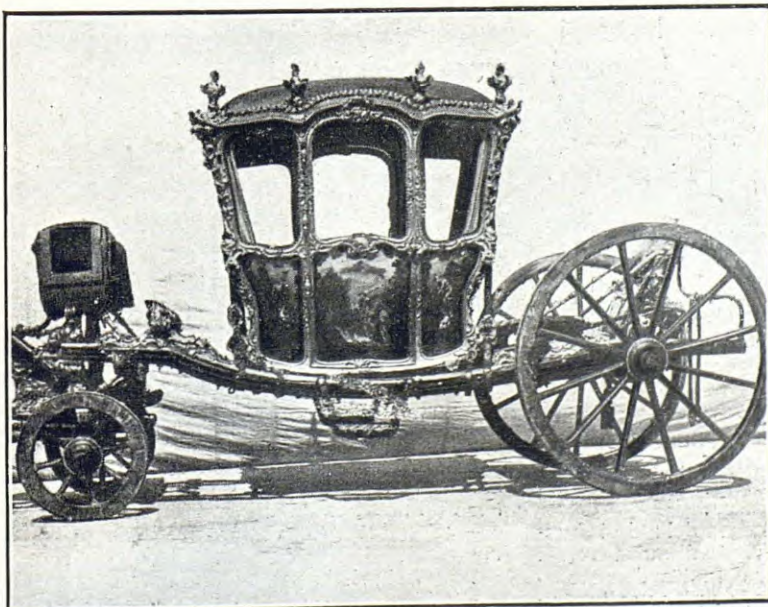
Estas carrozas son ya cosa muerta que han de defenderse de la polilla y por cuyas ventanillas creemos ver aún asomarse, apretujándose y atropellándose, á todas esas soberanas que las ocupaban, como si aún permaneciesen encerradas dentro de ellas.

Visto ese mundo, aun en medio de su placidez y su reposo, queda en el alma como una nueva pesadilla el espectáculo de su miseria, de su pobreza, de ese peligro constante de sus vidas.

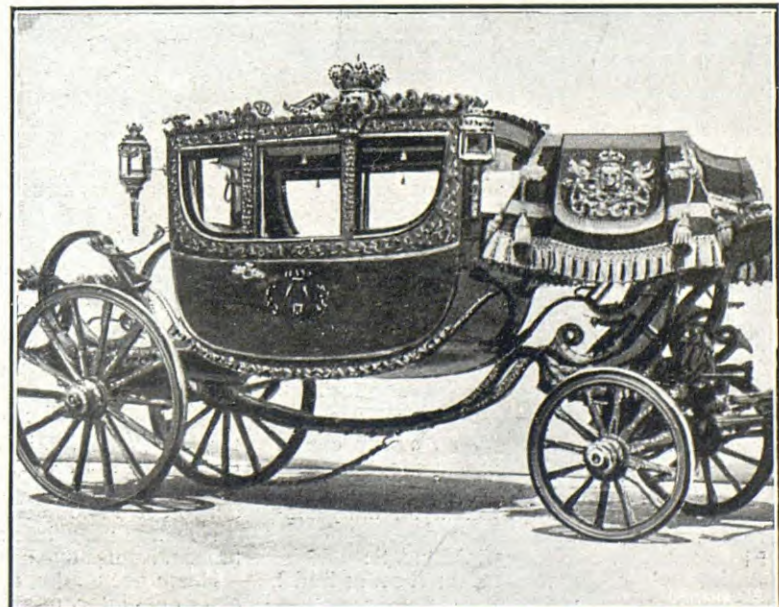
Nos atterra la contemplación de esa lucha contra una naturaleza que se muestra tan dura, tan ceñuda, al par que tan grandiosamente bella.

El país de las largas noches y de los largos días que ahora sumido en la sombra y en el sudario de nieve espera la venida del Mesías en el Sol, que llegará para la Pascua, realizando un milagro de fecundidad y resurrección.

CARMEN DE BURGOS
(«Colombine»)



Berlina construida en la primera mitad del siglo XVIII



Coche de la Corona, mandado construir por D. Juan VI en 1825

(Estos dos carruajes se conservan en el Museo Nacional de Coches de Lisboa)

CUENTOS ESPAÑOLES



Los extraños amores de Julio Rudel

Julio Rudel había desaparecido de Madrid. Todas las tardes subíamos a su cuarto con la esperanza de que el amigo nos acogiese en aquel estudio, que era como un refugio de soñadores, con su sonrisa de siempre, ahuyentadora de todo pesimismo.

El portero nos decía invariablemente:

—Es inútil que suban ustedes; el señor Rudel no ha vuelto todavía.

No le hacíamos caso y seguíamos tirando de la campanilla con una dolorosa insistencia.

Nada. No nos respondía nadie. No hubo más

remedio que renunciar al vano empeño y aceptar, resignados, la idea de que Julio Rudel había desaparecido irremisiblemente de aquella manera inexplicable y súbita que parecía ocultar un sordo desprecio hacia nosotros.

Nuestras pesquisas resultaron del todo infructuosas. Nadie supo darnos razón de su paradero.

Hasta que un día, al salir del taller de nuestro amigo el pintor, nos detuvo, en plena calle, Antonio Ruiz.

—¡Eh, muchachos! ¿Qué pasa? No se os ve el pelo desde hace cuatro meses...

No le hicimos gran caso. Daba el brazo a una mundana y nos figuramos que quería deslumbrarnos con la conquista reciente de la última beldad parisina que acababa de llegar a Madrid. Pero no tardó en añadir:

—¿Y Julio? ¿Ha vuelto ya de su excursión amorosa?

Yo fui el primero en acercarme.

—Chico... no sé. ¿Sabes tú acaso dónde para?

—¡No lo he de saber! Fué casual; la verdad es que fué casual. Pero yo me alegré infinito de

verle. Ahora no se atreverá á decir que mi cabeza es una calabaza... Os juro que en adelante no le valdrán sus ironías ni su decantado talento. ¡Ah! Yo no me callo. Podéis estar seguros de que yo no me callo.

Nosotros nos miramos llenos de asombro.

—Mira, Ruiz—le dije—, no seas loco. Tú nos quieres gastar una broma. Si nosotros no sabemos dónde para Rudel, menos lo vas á saber tú.

—Pues, yo lo sé—replicó muy serio—. Vuestro amigo Rudel, este caballero que se las da de hombre austero y formal; vuestro apóstol, vuestro filósofo, vuestro moralista..., anda por ahí con un vejestorio.

—Tú estás loco—le dije.

—¿Loco, eh?

Y dirigiéndose á la mujer que le acompañaba, le preguntó en francés:

—Es ó no cierto que yo saludé en X á un caballero que iba del brazo con la vieja Ninette, y á quien llamé Julio Rudel?

—«Oui. C'est vrai. Oui, la, la!... Ninette!»

—Mira—dije á Ruiz—, no te creo lo suficiente canalla para inventar una patraña tan calumniosa. Si has mentido, me daré el gusto de escupirte en pleno rostro.

No sé la cara que debí de poner al pronunciar estas palabras. El caso es que Ruiz y su pareja desaparecieron como por encanto.

Anochece. Las calles bullían con esa animación exorbitante y vocinglera propia de los anochececeres madrileños. Mis amigos y yo atravesamos las principales vías como unos autómatas, absortos y pensativos. Recuerdo que al llegar á la puerta de mi casa, nos estrechamos la mano sin pronunciar una sola palabra.

ooo

Al día siguiente por la noche llegaba yo á X. En el tren de las seis de la mañana había salido de Madrid. Me instalé en la fonda y después de cenar, salí á vagabundear por las calles desconocidas á la buena de Dios.

Serían las once cuando se me ocurrió entrar

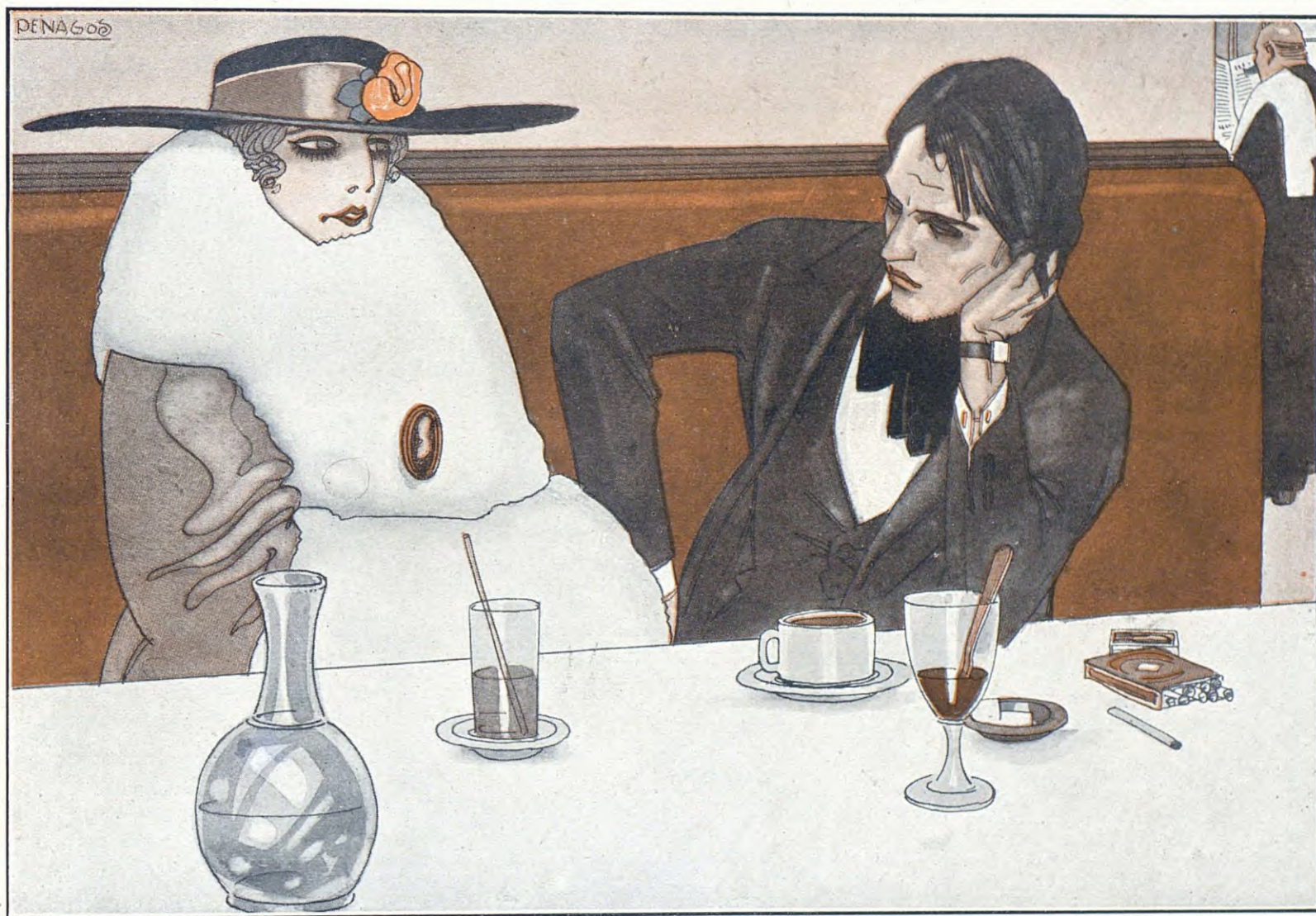
esquinas. Ninette se apoyaba en el brazo de Julio y hablaba en voz baja y suspiraba largamente. El, estaba locuaz y parecía animarla con sus palabras. En algunas de éstas, que llegaban hasta mí confusamente, creí adivinar que él la prometía un porvenir lleno de felicidad...

No quise seguirles. Una impresión extraña, mezcla de ira y de repugnancia, me hizo alejar de la lamentable pareja. Yo veía á Julio envilecido y degradado en poder de la vieja pecadora... En toda la noche no pude dormir, ni alejar de mi mente la torturadora visión.

ooo

Eran las diez de la mañana. Yo me disponía á abandonar X, aquella misma tarde, pero como no conocía la población me había levantado temprano para recorrerla y, al dirigirme de nuevo al Hotel, á la vuelta de una esquina, dí de manos á boca con el propio Julio Rudel.

Renuncio á describir la impresión del terrible momento. Sólo recuerdo que el rostro de Julio



Y se echó á reír, descaradamente. Ruiz prosiguió:

—Sí, estuve unos días en X con ésta. Una luna de miel, vamos. Y allí vi á vuestro moralista del brazo de la vieja cocota. Os digo que era un espectáculo triste. Todos habéis oído hablar de Ninette. Cuando íbamos á la escuela su nombre se veía en todas las esquinas y su retrato en todas las revistas y periódicos; pero entonces ya era una jamona, y no pasan los años en balde. Hoy es un vejestorio; una pobre señora, vamos. No obstante, vuestro amigo me pareció muy enamorado. Les vi en el parque y quise seguirles sin que ellos me vieran. Ella lloraba y Julio le enjugaba las lágrimas, le besaba las manos, la envolvía en sus pieles para que no se le acatastrase... ¡Unos verdaderos tórtolos!

—«Quelle drôle de «tortolós!»—exclamaba la francesa riendo á carcajada suelta.

Yo sentí que algo se derrumbaba en el fondo de mi alma. La vida normal, apacible, dulce y silenciosa del amigo que nos fortalecía con el ejemplo, se me representaba entenebrecida ahora y con la mácula de unos amores ridículos.

en un café y al empujar la mampara, creí distinguir, á través de los empañados cristales, la noble figura de Julio Rudel muy cerca de la de una mujer. Entonces decidí entrar cautelosamente y, ocultándome detrás de una columna, pude observarles sin temor á ser descubierto.

Yo recordaba perfectamente las facciones de la famosa Ninette, y enseguida pude convencerme de que, en efecto, la vieja que estaba con Julio no era otra que la célebre pecadora. Hacía diez años que yo la había visto en París. Defendíase entonces bravamente á pesar de sus años, pero había ya en ella algo indescifrable que hacía presentir el próximo, el inminente derrumbamiento de su belleza. La Ninette que yo veía al lado de mi amigo, era la ruina de la otra.

Julio retenía entre las suyas una de las manos escuálidas de la vieja; insistía para que ella apurase el vaso de leche; le hablaba con una dulzura indescifrable que sólo yo podía adivinar desde lejos, mirándole á él en los ojos...

Por fin salieron á la calle. Y les seguí. Les seguí como un espía, como un cobarde, como un canalla, ocultándome en los soportales y en las

permaneció inmutable y que sus ojos conservaron la inefable expresión de siempre, lo cual me le hizo más odioso porque le creí un hipócrita.

—Julio, le dije, te has burlado de nosotros. Tu cobarde huida con esa vieja ruina, ha hecho de tí un ser despreciable. Ya no podías caer más bajo.

—Esta pobre vieja, replicó Rudel sin inmutarse, esta pobre vieja, que un día fué una pecadora, has de saber que es mi madre.

—¿Es posible?

—Sí; es mi madre. Mi padre la perdonó al morir y sus últimas palabras fueron éstas: «Te he engañado, hijo mío, tu madre vive todavía. Búscala y háblale y será buena.» Ahora quiero consagrarme á ella. Hemos comprado una casita en el monte y allí viviremos juntos hasta que la muerte nos separe.

Yo no recuerdo haber abrazado nunca á nadie con la efusión con que aquel día estreché contra mi pecho á Julio Rudel.

SANTIAGO VINARDELL

DIBUJOS DE PENAGOS

SEVILLA PINTORESCA



LA CALLE DE PLACENTINES, Y AL FONDO, LA GIRALDA



SOL MAÑANERO



"Poema", cuadro de Juan Brull

FOT. SIERRA

Y sin embargo, la Naturaleza no halla placer en darnos el alma á los hombres...

Grandiosa generosidad la suya... Llegó la primavera, y el eterno terruño se cubre otra vez de césped y margaritas, y los añosos troncos se enojan con los brotes nuevos, y la nieve se deshace en espejos y música, y el azul olvida que fué gris y se prepara á dorarse todo de sol... Y tanta magnificencia se dispone para el alumbramiento del alma en los adolescentes del mayo aquel... Porque nosotros damos á nuestros hijos el cuerpo, la carne, pero el espíritu se lo infunde la Naturaleza, el día que la despreocupada juventud se siente vivir por cuenta propia, desligándose de la humanidad, y encontrando su parentesco con la nube, la hoja, el riachuelo y el pájaro...

Por su parte, el árbol centenario permanece insensible al aroma de su floración como al hachazo de los leñadores, y así la gleba ignora que sus húmedos senderos han sido convertidos en relicarios de la armonía, ya que la ingrátida

doncella dejó en su blandura la huella de los alados pies...

¿Acaso la tierra siente en sus entrañas la grandeza de su misión? De este modo un gran hombre, mármol desgajado de las canteras y transformado en arcilla humana, Beethoven, estaba sordo, y oía en su pecho las armonías que creaba en el mundo de los sonidos. Pero el sublime sordo entristecíase por su adivinación. En cambio el prado ríe, ríe, ríe...

Y esa risa alegre é ilusionada, se comunica á las almas recién nacidas. Al nacer la carne, gime en sollozos inacabables. Sin duda por privilegio de su inmortalidad, aparecen las almas con una sonrisa y una canción. Las dos fraternas vírgenes que languidecían dentro del palacio campestre, á lo largo de las crudezas invernales, la primera mañana primaveral salieron al calor y la fragancia de los jardines, en busca de un ave invisible que había cantado maravillosamente... Y cada una creyó que el ruiseñor prodigioso se refugió en el seno de la hermana, y

era que se escuchaban la una á la otra, en el oído nuevo para la voz nueva también.

¿Qué aguarda el espíritu para romper su crisálida? ¿Un perfume floreal? ¿Un rayo de sol? ¿La voz del agua de las cumbres? ¿El ejemplo de las mariposas? Acaso es que la encantadora sinfonía de los campos necesitaba el acento humano, y como perdieron su pureza las generaciones anteriores, surgen providencialmente otros coros virginales...

No podríamos olvidar nunca el milagro amable de sorprender á entrambas doncellas que cantaban y refán, al borde del agua, sobre la hierba. Semejaba una, la rama florida, y era comparable la otra á una alondra que de tanto sol que respiró, se ha convertido en una alondra de oro... El peregrino que miraba encantado la adorable escena, querría ser el tronco donde crezca esa rama sonrosada, y en que la alondra repose de sus vuelos...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ



ATAQUE A LA BAYONETA A UNA TRINCHERA ALEMANA EN LA CHAMPAÑA POR FUERZAS FRANCESAS, CANTANDO EL HIMNO DE ROUGET DE LISLE

DESDE PARÍS

LA TREGUA DE LAS JAURIAS



"Recordando pasados fastos de monterías..."

Miss Mary Simpson tiene cincuenta años, y en el medio siglo que lleva de existencia, no conoció nunca el amor.

Vivió esta doncellona inglesa en un casto apartamento de los hombres, y consagró las luces de su espíritu y las ternuras de su alma a dos obras que fueron, para ella, saludables derivativos: el «Ejército de Salvación» y la «Sociedad Protectora de Animales».

En consecuencia, Miss Mary Simpson, como delegada que es, en Francia, de ambas benéficas

sociedades, cruza el Canal todos los sábados, y en las tardes de los domingos aparece por acá, vestida con un raído uniforme azul, tocada con una inefable capota amarilla y distribuyendo folletos e invitaciones de propaganda a lo largo de los *Grands Boulevards*.

Cien veces—y siempre con la misma frase humilde y la misma sonrisa altiva—me ha convidado Miss Simpson a participar del descanso espiritual que gozan los elegidos, allá en los salones del «Ejército de Salvación», escuchando lecturas sagradas y entonando cánticos gratos al Señor.

Y cien veces, abrumado por la gratitud, renuncié a los beneficios que Miss Simpson me ofreciera, y alegué, para justificar mi desvío, que si bien gusto de leer la Biblia es a solas con mi espíritu y sin acompañamiento musical de ninguna clase.

Terminaron, pues, nuestros diálogos de idéntica manera: inclinándose yo, respetuoso y fugitivo, y despidiéndome la doncellona propagandista con su resignado y compasivo «good-bye» y con su glacial y desdenosa sonrisa *made in England*.

Mas ved como, de un modo trivial, se rompió el hielo entre nosotros:

Cruzaba yo días pasados los Bulevares, de acera a acera, é iba sorteando las dos opuestas corrientes de «taxis», autobuses, «fiacres», camiones, «limousines», torpedos, motociclistas, triciclistas y ciclistas, y pensando en que los nuevos *chauffeurs* improvisados por la guerra han hecho de París un lugar más peligroso que las trincheras del Somme.

Delante de mí brujuleaba un perro; un perro sin bozal, sin collar y casi sin piel; un perro abandonado y hambriento.

Pasó en tromba un «Madeleine-Bastille». Yo sentí sobre mí el aliento de las ruedas y me libré de un aplastamiento definitivo por la distancia de un decímetro. Pero a mis pies quedó, tendido sobre el asfalto, mi compañero de travesía: el perro vagabundo y miserable. Tenía las patas delanteras rotas y hacía inútiles esfuerzos para levantarse y huir... Le recogí piadosamente y gané con él la tierra firme, dispuesto a abandonarle sobre ella. Pero dos manos impacientes me lo arrebataron y vi a Miss Mary Simpson

alejarse corriendo, con su protegido en brazos, para remediar con vendas y tablillas el daño causado por lo que la doncellona calificó de «barbarie urbana»...

Luego de *aquello*, al siguiente domingo, encontré como siempre a Miss Simpson. Pero no me invitó a escuchar lecturas sagradas ni a cantar salmos. Me tendió la mano y con palabras que ya no eran afectadamente humildes, sino perfectamente sinceras, me dijo:

—Usted es un hombre de buena voluntad...



LA DUQUESA DE UZÉS
Gran cazadora francesa, con su caballerizo



EL MARQUÉS DEL AGUILA
Célebre cazador de Francia



La hora de la comida



El regreso al "chenter"

Usted recogió á un triste perro aplastado... Usted merece mi estimación... Y hablando de las bestias en general y de los perros en particular, Miss Simpson me declaró:

—A esta guerra, que ha causado tantos males, debemos, sin embargo, un gran bien: la prohibición de la caza. ¡Oh dear!... No hay barbarie mayor que la caza... No hay espectáculo más lamentable que el que ofrecen los ciervos perseguidos por las jaurías... ¡Y qué decir del final obligado de tales fiestas!... Las entrañas, aún calientes del pobre animal cazado, distribuidas á los perros, en presencia de las damas y de los caballeros deleitados por una escena que debiera repugnarles, porque es *shocking* en alto grado, y porque es digna de los tiempos de la Prehistoria...

Miss Simpson se ha interrumpido para suspirar:

—¡Oh, los hombres! Luego, como en alivio de pesadumbre, ha comentado:

—Por fortuna, desde hace tres años no se caza... Con las bestias libres, que no saben del yugo, es la paz que Dios niega á los rebaños de hombres plegados á la insania de un mal pastor... Se ha interrumpido la tradición de exterminio legada á la grey selvática como injusta herencia de dolor, y la Parca de los bosques se ha dormido al arrullo de los cañones de Europa, y en la embriaguez del vaho de sangre que se alza de las tierras malditas...

Miss Mary ha dicho estas cosas en tono de alta y casi apostólica solemnidad. Un poco impresionado por ella, pero recordando pasados fastos de monterías brindadas por la duquesa de Uzés y por el marqués del Aguila —los dos grandes cazadores de Francia—he respondido á Miss Simpson:

—La paz de los hombres llegará, tarde ó temprano, Miss Mary; y entonces acabará la de las bestias libres que no salen del yugo; y en los bosques de las Galias volverán á resonar los ecos fatales de las trompas, anunciando el fin de la tregua y la vuelta de las jaurías...

—¡Bien lo sé—murmura en desconsuelo la doncellona—y ello será así, porque el hombre es la más dañina de las fieras, ya que éstas matan para sustentarse, cuando el hambre las acosa, y el hombre mata cuando está ahito, y lo hace sólo porque halla un perverso placer destruyendo la vida. Por eso, cuando se hallan cansado de matarse unos á otros, los hombres volverán á sus cacerías, y perseguirán á los ciervos inofensivos, y cuando las pobres bestias caigan, alentando aún, les abrirán el vientre para distribuir sus entrañas palpitantes á la jauría.

He concluido melancólicamente: —Y que el mundo contempla con impavidez igual á la de las damas y los caballeros invitados á la cacería: con impavidez que tiene mucho de inconsciencia; ¿no es cierto, Miss?...

París, 1916

ANTONIO G. DE LINARES



El cotidiano paseo de las jaurías



Los "Tartarines y Sanchos" invitados por los Prefectos á destruir los conejos que en algunos sitios constituyen ya una verdadera plaga



Uno de los numerosos "braconniers" bretones que ahora, por estar prohibida la caza, obtienen fácilmente gran número de piezas

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



MISS MARY, dibujo de Matheus

LAS GRACIAS
MODERNAS

LAS DE "CIERTA EDAD"

MÁS difícil es eso—exclama un personaje de Marivaux—que averiguar la edad de una mujer.

La exclamación es ingeniosa, pero falsa. Porque lo verdaderamente difícil no está en averiguar la edad de una mujer, sino en que la mujer confiese su edad. Esa es la madre del cordero...

Hace cinco ó seis años se pusieron de moda en París las mujeres «crepusculares». Y fué tal el furor que despertaban, que Alfredo Capus registró en *Le Figaro* varios casos de damas que «se aumentaron la edad». Recordamos que el sutil cronista decía, sobre poco más ó menos: «Considerando que ahora es de buen tono entre las damas el parecer viejas, puede afirmarse que la edad de las mujeres no depende del almanaque, sino del buen tono. La edad de las mujeres es la moda», decía socarronamente.

Sin embargo, la edad de las mujeres no es tanto de su cara como de su espíritu. Los hombres, por lo general, se ocupan menos de estas cosas, por la sencilla razón de que un viejo no aspira á conquistar por su palmito, sino por sus riquezas, por su influencia, por su posición, etc. En cambio, una mujer, aunque ya esté entradita en años, se considera casi siempre «idónea» para enamorar.

¿Por qué? Pues porque las mujeres — aun las más prácticas — tienen siempre un penacho de romanticismo-vanidad, mientras que los hombres — aun los más idealistas — son sempiternamente más propicios á la desilusión. Entre un viejo conquistador y una «crepuscular» enamorada hay una diferencia semejante á la que existe entre el recuerdo y la melancolía. Un viejo «verde» es todo liviandad. Una «crepuscular» enamorada tiende á ser una niña, con más ó menos canas y arrugas...

Claro está que conviene distinguir entre mujeres enamoradas y mujeres que podríamos decir «enamoradoras». Porque cuando se trata de éstas, ya es harina de otro costal. En las que se enamoran, la edad es simplemente un accidente como otro cualquiera. En las que enamoran, es un punto esencial, tal vez el más esencial de todos.

Por eso habrán ustedes observado que hay señoras con canas y con arrugas á quienes les importa un comino el publicar su amor. Y, en cambio, algunas de estas «crepusculares», que las dan de maestras en amor, no confiesan su verdadera edad así las ahorquen. En las primeras, como están rejuvenecidas por sus ilusiones, la edad, como en los militares, es su hoja de servicios; en las segundas, como sus ilusiones no están en el amor que sienten, sino en el que se proponen infundir, la edad es una impedimenta. Porque es cierto que para amar, el corazón no entiende de años. Pero,

en cambio, para infundir amor, sino tiene apariencias de juventud, aviado está el pobrecito.

Una de las observaciones más sutiles sobre este punto es de La Bruyère. Hablando de lo que imaginan unas de otras, respecto á la edad, dice el preclaro autor de *Las costumbres de este siglo*:

«Una mujer coqueta se figura que los años son una cosa que producen canas y arrugas... á las demás mujeres» ¿No es verdaderamente peregrino? Cuántas veces habremos oído decir á Fulanita, hablando de su amiga Zutanita: «¿Ha vis-

han de hacer, pues, las pobrecitas, sino rectificar por todos los medios esta irritante y mortificante desigualdad de la Naturaleza?

Por ello han inventado una edad que no es de la Naturaleza, sino de su bien probado artificio. Y en esa edad se encierran tan santamente como las monjas en el claustro. Cuando decimos que Fulana es una mujer de «cierta edad», parece que queremos decir todo lo contrario; esto es, que Fulana es una mujer de «incierto edad», ya que de las mujeres de cierta edad no se dice la edad ni por equivocación.

Sin embargo, no hay nada más cierto que lo incierto, al menos en la edad de las mujeres. Todos sabemos que las mujeres de «cierta edad» pasan de treinta y cinco y no exceden de cuarenta y cinco. Es decir, que como la Naturaleza es tan poco atenta y galante que hace envejecer á las mujeres diez años antes que á los hombres, las mujeres, en justa reciprocidad, toman justamente esos diez años y los ponen al margen y como de tanteo, constituyendo, de los treinta y cinco á los cuarenta y cinco, una zona de edad que llaman, para su avío, de «cierta edad». Por consiguiente, una mujer de «cierta edad», así puede tener treinta y seis años como cuarenta y uno ó cuarenta y tres.

Véase cómo las mujeres, tomando de la Naturaleza tal desquite, salen en esto, como en casi todo, gananciosas. Los hombres, sometidos á la edad natural y fisiológica, no tienen más remedio que aguantarse y que tragar quina. ¿Qué van á hacer, cuando carecen de inventiva y de espíritu de protesta? Un hombre de treinta y cinco, lo más que se podrá quitar sin que la gente se escandalice, son tres ó cuatro. Porque si, rompiendo por todo, se

lanza á pregonar, teniendo treinta y cinco años, que no tiene más que veinticinco, hasta las piedras se alzarían contra él.

En cambio, una mujer puede quitarse impunemente ocho y hasta diez años, sin que nadie tenga derecho á protestar. ¿Que tiene treinta y cinco? Bueno. Pues como aún no ha llegado á «cierta edad», á nadie le choca. ¿Que tiene cuarenta y cinco? Bueno, también. Como está todavía en «cierta edad», y la «cierta edad» admite un margen de diez años, con decir que no tiene más que treinta y cinco, asunto concluido.

Sin embargo, y á pesar de todo, será bueno decir, para tranquilidad y aun para orgullo de las mujeres de «cierta edad», tan vaga y tan incierta como el suspiro, como el viento, como el relámpago, que en esa edad «incierto» de las mujeres plantaron los más altos poetas el árbol de la Melancolía...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE RAMÍREZ



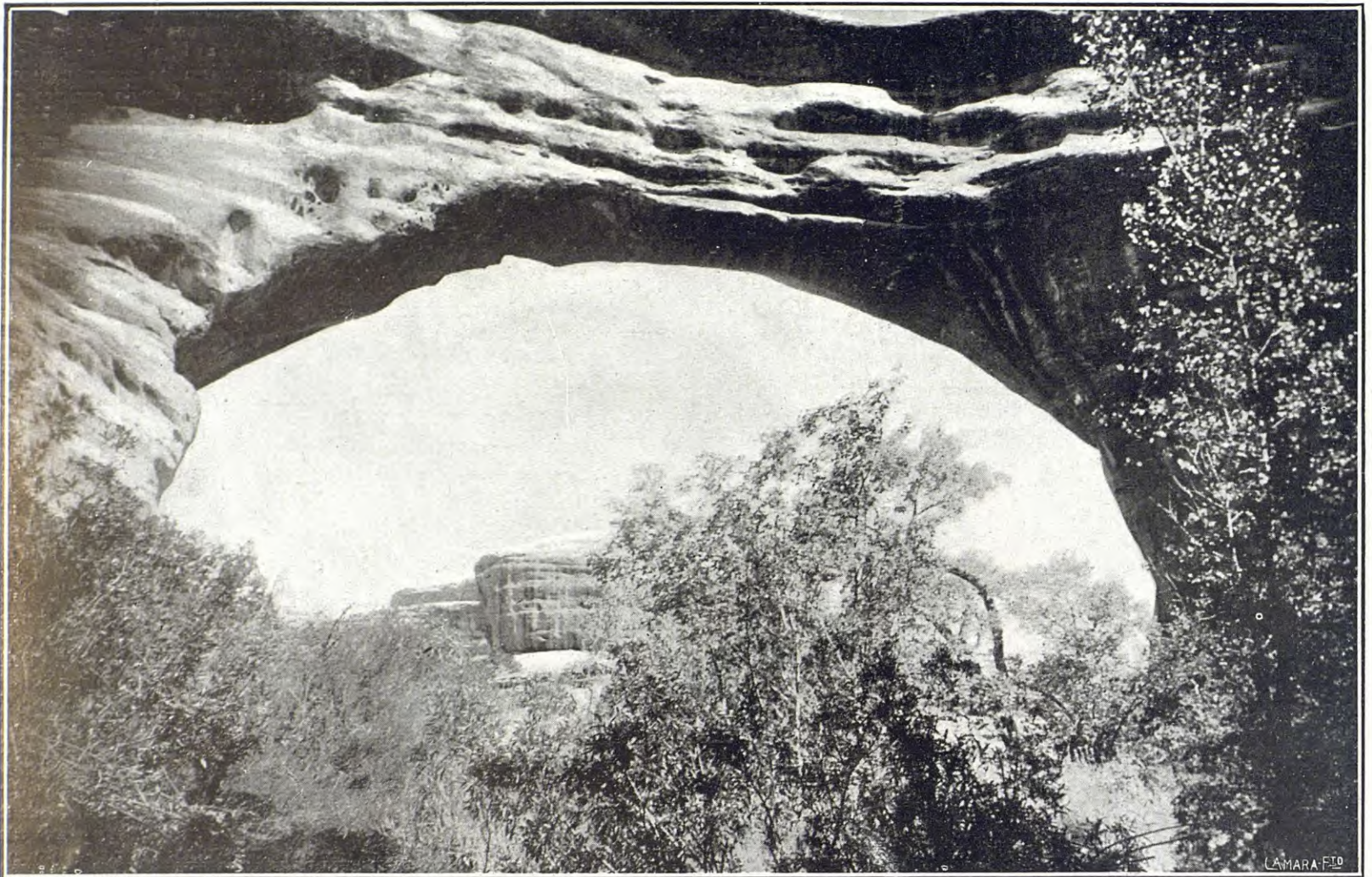
to usted qué vieja está? Y á Zutanita de Perenganita: «¿Ha visto usted cómo se está poniendo Perenganita? ¡Qué lástima!» Otra, no menos peregrina, es aquella de Juvenal, en su admirable *Sátira Tercera* sobre las *Molestias de Roma*, cuando dice que por la liviandad de las matronas, muchas jovencitas «se declaran matronas espontáneamente».

Por cierto que, hoy en día, aunque dignificadas de honestidad, muchas niñas juiciosas se las dan de mujercitas; pero en cuanto se habla de años, en vez de declararse mujeres «espontáneamente», apresúranse á decir que «todavía son unas chiquillas».

Bien mirado, la propensión de las mujeres á quitarse años, es cosa, no ya lícita, sino completamente natural. Sabido es que la mujer envejece mucho antes que el hombre. Fuera de alguna afortunada émula de Ninón de Lenclos, las mujeres en general, en cuanto vislumbran los cuarenta, ya están en las fronteras de la vejez. ¿Qué

CAPRICHOS DE LA NATURALEZA

CARICATURAS DE PIEDRA



“La Catalinita”, arco natural formado por la erosión de las aguas, en el Condado de San Juan (Utah), Estados Unidos

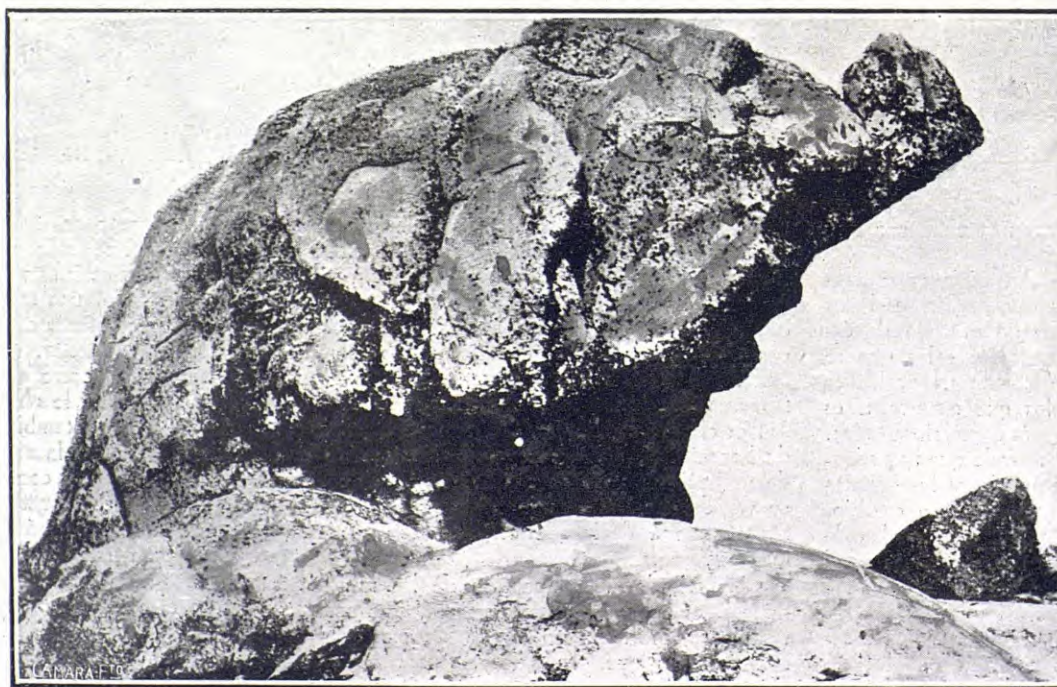
HUBO, sin duda, un espíritu bufón que dirigió los grandes trastornos geológicos. La Naturaleza, no sólo era un artista que creaba, con una fantasía sin límites, las formas más variadas y bellas, sino que en cada cordillera, donde llegaba á todas las grandiosidades y á todas las osadías, ponía también una nota caricaturesca y burlona. Constantemente realiza su obra de mixtificación. Es frecuente encontrar en los árboles, y en las plantas mismas, formas extrañas, que imitan grotescamente otros seres ú otras cosas, y cuando las nubes se acumulan fingen los más extraordinarios parecidos, pero esto es deleznable y pasajero. Lo admirable son las rocas extravagantes de que está el mundo lleno. Una isla entera en el Pacífico parece, vista desde cierta distancia en el mar, el cadáver yacente de un obispo, con su mitra. Francia está llena de estos monolitos representativos. En el Herault, una de estas piedras es exactamente la estatua de una virgen, toscamente tallada; en Arcy-sur-Cure, pueblo de Borgoña, otras imitan banderas flameando al viento, y admira la apariencia de ligereza que tienen aquellas rocas. En Tregastel, un

grupo de tortugas gigantes parecen haber salido del mar y tomar el sol sobre las arenas de la orilla. En el Mont-St.-Michel, una roca recibe el nombre de «el elefante», y, efectivamente, lo parece; en Pointe-du-Raz, hay una cabeza de gato; en Guernesey, un perro. Otro elefante, con sus formas pesadas, su color gris y el aspecto rugoso de su piel, se encuentra en Harthepool; en Brinham, hay un oso bailando; en Chausey,

un rinoceronte, y en muchos sitios creéis encontrar caravanas de camellos sesteando en el suelo.

De todo este reino zoológico, fingido en piedra, nada tan curioso como la ballena que hay en la isla Mauricio. Está situada en la orilla del mar y su cuerpo forma grutas, donde penetran las aguas.

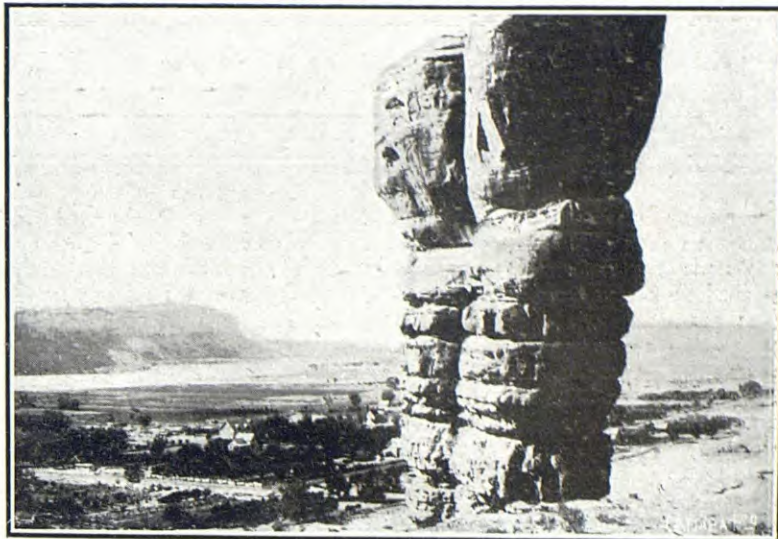
A la entrada del puerto de Bastia, hay, aislado en medio del mar, un hermoso león. Es una roca enorme, de coloración rojiza, cuya talla ha perfeccionado el arte obstinado é inconsciente de las olas. Sobre el cuello y las espaldas tiene una admirable cabellera de algas, donde las salpicaduras de espuma brillan irisadas por el sol. No son sólo estas formas vagas y sencillas de animales las que el capricho de la Naturaleza ha tallado en sus rocas más bravías. También la forma humana ha sido reproducida. En San Juan County, en América, hay una serie de grupos curiosísimos; pero, entre todos, llama la atención un monolito, llamado «el idiota». La piedra finge admirablemente el perfil de un degenerado. En el cabo Land's End, de Inglaterra, pasa sus siglos—no se puede hablar de días tratándose de estos pedruscos que pre-



La roca conocida con el nombre de “El elefante”, en el monte de San Miguel, en Francia



Roca llamada "Los tres dedos", en el Condado de San Juan (Utah), Estados Unidos

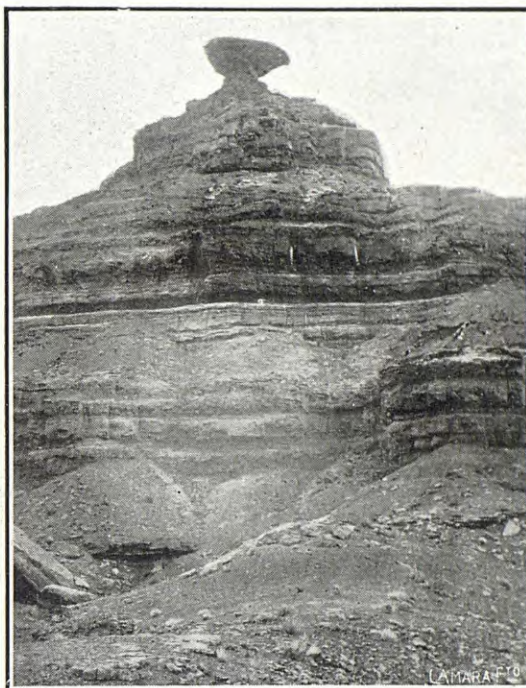


Roca denominada "Los gemelos", en el Condado de San Juan (Utah), Estados Unidos

senciaron, acaso, la formación de la actual superficie terrestre, y que, acaso, lleguen á ser testigos de su destrucción—el «doctor Sintaxis».

En Ladybrand, en la antigua República de Orange, que Inglaterra convirtió, al mismo tiempo que el Transvaal, en colonia inglesa, está «el centinela». Es emocionante el simbolismo de esta roca en aquel pobre país, cuya independencia fué tantas veces amenazada. Surge del suelo un rostro indomable de guerrero, la nariz corta, los labios contraídos en un gesto de fiereza, los ojos escudriñando las lejanías del horizonte. Una figura, que la Naturaleza se ha complacido en multiplicar, es la del fraile, con la capucha puesta ó caída sobre la espalda. En lo más alto del Mont-Dore, un gigantesco capuchino medita y reza; en la bahía de Donarnenez hay otro; otro contempla el Océano desde el Raz; en Tregastel, sobre un grupo de rocas que parecen las ruinas de una ciudad, surge otro fraile. Pero, no; la Naturaleza ha hecho más que esbozar estas figuras misteriosas, donde la fantasía popular completa lo que faltó de perfección y acabamiento á la casualidad que las esculpiera. En Ploumanach está el busto de Luis XVI; en Tregastel, el del legendario rey Gradlon; en Table-Monutain tiene su perfil Sir William Harcourt. En Hoy-Head podéis ver siluetado, en piedra, á Walter Scott, el popular novelista inglés, y en la isla de Sein encontraréis á Alejandro Dumas, con su pelambrera rizada.

Claro es que para que el efecto sea completo estas piedras tienen un punto de vista singular,



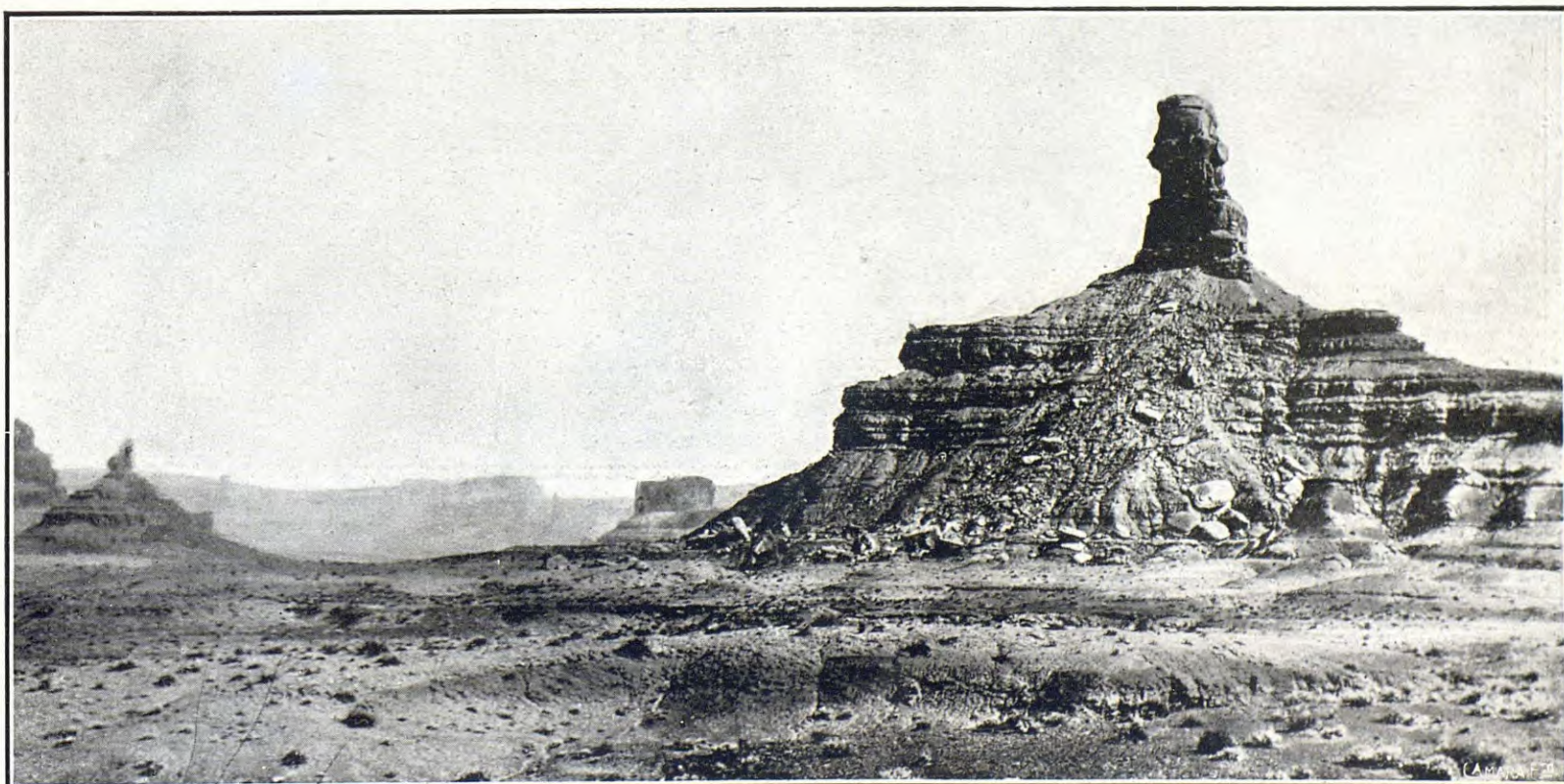
Roca llamada "El sombrero mejicano", en el territorio de Utah

y hay que verlas en determinadas condiciones de luz. Un día, unos turistas lioneses, llegados á Mornex, estallaron todos á la vez en un mismo grito: «¡El Emperador!». Efectivamente, las montañas dibujaban el perfil de Napoleón, su silueta característica. La cumbre del Mont-Blanc fingía el bicornio; las Rocas Rojas la base del sombrero y el ojo del Emperador; la nariz imitaba un saliente de la cadena llamada la *Espalda del Mont-Blanc*; una combinación de picos, cercanos al Monte-Maldito, dibujaban la boca y la barilla. Nadie hasta entonces había reparado en aquella combinación de líneas, porque sólo hay un momento en el día en el que la luz, fusionando los contornos, da la ilusión completa. Otro rostro humano admirable es el de «la dama de la montaña», que se encuentra en el monte Tamalpais, de California.

Muchas de estas rocas, misteriosamente talladas por la ciega Naturaleza, están acompañadas de curiosas leyendas. La fantasía de cada región ha puesto en estas historias algo de su alma. En San Juan County corona uno de los picachos «el sombrero mexicano». La tradición dice que debajo de él padece el alma de un traidor. En España, en las serranías de Cuenca y de Ronda, en los Pirineos y en el Guadarrama, también hay piedras que parecen hombres.

¡Verdad es que son muchos más los hombres de carne y hueso que tienen de piedra berroqueña el corazón ó la cabeza! ¡Caprichitos de la Naturaleza también!

MÍNIMO ESPAÑOL



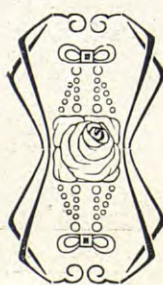
Roca llamada "El idiota", en el Condado de San Juan (Utah), Estados Unidos

TABLA FLAMENCA



"La Anunciación", de Jean Van Eyck

En una estancia gótica María,
sobre un cojín de seda reclinada,
del libro en que leyendo se extasia
no aparta la atención ni la mirada.
El arcángel Gabriel, que al otro lado
á pasar los umbrales no se atreve,
y á la Virgen contempla arrodillado,
parece que aplazar quiere el momento
en que anunciarle su embajada debe,
sumido en tan profundo arrobamiento



que ni los labios ni las alas mueve.
Y en un jarrón, llenando el aposento
con su perfume delicado y leve
que aún no esparció en sus ráfagas el viento,
los capullos simbólicos que en breve
habrán de convertirse en azucenas,
también aguardan, entreabriendo apenas
sus virginales pétalos de nieve.

Manuel DE SANDOVAL

MIRANDO AL PASADO
EL SALÓN DEL PRADO



El antiguo Salón del Prado, con la fuente de las Cuatro Estaciones

FOT. LACOSTE

No hay rincón madrileño que juntamente con la grata visión de su ancianidad, nos ofrezca tantos y tan famosos sucesos cual ese paseo—hoy convertido en jardín—que va desde la fuente de Cibeles á la de Neptuno.

Erase un día el trozo más principal, el lugar más ameno, el llamado *salón* de aquel prado que los antiguos del siglo xvi denominaban de San Jerónimo, cuando las frondosas alamedas ocultaban las cinco fontanas de más ricas y mejores aguas, y también el abrevadero de piedra barroqueña con dos caños que salían el uno por la boca de una serpiente y el otro por la de un delfín.

Posteriormente, á todo lo largo del que todos conocían por Prado Viejo, estas fontanas sumáronse con otras diez, que estaban situadas en la calle de Trajineros, espalda del convento de Jesús, esquina del palacio de Medinaceli, junto al jardín de Villahermosa, donde hoy la de Apolo, dos en las proximidades de la iglesia de San Fermín, frente á la casa de Sexto, en el eje del paseo, á la bajada de San Jerónimo, y las cinco restantes al lado de la huerta del Rey.

En el año de 1612, corríanse lanzas en el Prado, por los mismos caballeros que en el Buen Retiro representaban comedias y hacían caracolas, alcañías y máscaras de todo género. Años después, el citado paseo se cercaba con tabladitos y casetas, alumbrándose con hachas y blánderos, del mismo jazz de los que llevaban las cuadrillas vestidas con riquísimas libreas, que precedían á los carros y músicos preparados

para las fiestas cuyo coste ascendía á treinta mil ducados cada uno de los diez días que duraban.

Hízose desaparecer el juego de pelota, que estaba donde ahora el monumento del Dos de Mayo; la moda puso allí su paseo, frente á los jardines de Lerma, Maceda y Monterrey, y los magnates y menestrales, los galanes y dueñas, comenzaron las intrigas, amores y venganzas que tanta celebridad dieron al Paseo del Prado.

En 1757, guardado por treinta y dos soldados, se prohibió entrar en él con capa, se suprimieron las limeras y se obligó á los carruajes á que dieran vuelta en la puerta de Recoletos.

Cuando aún existía el Tívoli, y con motivo de celebrar el triunfo del 7 de Julio, tuvo lugar en este paseo un banquete al que asistieron más de nueve mil comensales.

El buen rey Carlos III había pensado la construcción de un pórtico que corriese por todo el lado izquierdo del salón.

Siendo ministro el conde de Aranda, se aprobó el proyecto del capitán de Ingenieros D. José Hermosilla, que es el mismo que nosotros hemos conocido, con ocasión de bajar allí á presenciar la fiesta de Carnaval. Había á la entrada, como barrera, unas gruesas cadenas que daban la misma sensación que las de la lonja escorialense. No habíase aún terminado la construcción del Banco de España. La montaña rusa y los conciertos, atraían un público numerosísimo que ocupaba por completo las primitivas sillas de hierro. En la noche, los aguaduchos lucían sus grandes y cuadrados faroles de cristal.

En ellos, dábanse cita los jóvenes literatos que hoy ya trasponen la vida.

Fueron desapareciendo todas las fuentes y solo quedó en el centro del paseo la más bonita de todas las que ostentaba y tiene en la actualidad Madrid, la de Apolo—vulgarmente llamada de las Cuatro Estaciones—, por verse en ella reunidas las estaciones del año, al pie del pedestal que sostiene la estatua del dios de la poesía y de la música. Parte abajo, dos mascarones arrojan el agua por la boca, sobre tres conchas que se desocupan en dos pilones circulares.

En torno de esa fontana, las que son esposas y novias nuestras, mientras cantaban y jugaban al corro, quejábanse musicalmente de que en el salón del Prado no se podía jugar porque había muchos chiquillos que iban á estorbar y á presumir con su cigarro puro. Ingenua y sencilla cantata que marcada en el cilindro de los organillos, ha dejándose escuchar en los merenderos picarescos de la Bombilla, como un reproche á los mocitos rumbosos que peinan canas y quieren darlas al aire caliginoso de las noches de verano. Otro es el salón del Prado, por obra de las reformas municipales. Mejor ó peor, en él continúan saltando las niñas, los muchachos hacen piruetas en la barra del antepecho, vocean los barquilleros sin cesar, arrojan agua los mascarones y rueda sosegadamente el cochecito de las campanillas y el borrico, que es toda la ilusión de la infancia, de nuestros hijos, de nosotros mismos.

ANTONIO VELASCO ZAZO

MÚSICOS ESPAÑOLES

JESUS GURIDI

Jesús Guridi en Bilbao, como Oscar Esplá en Alicante, Eduardo L. Chávarri en Valencia y Jaime Pahissa en Barcelona, pertenecen a la generación de compositores que trabajan en las provincias con verdadero provecho para el arte nacional.

De la obra, ya copiosa, del compositor vasco, impregnada de un lirismo encantador, emana un aroma popular, distinguido y poético.

Guridi nació en Vitoria. Descendiente de una familia de músicos, entre los que se encuentra su bisabuelo Ledesma, el célebre organista, comenzó la música desde muy niño. Los primeros estudios los hizo con el maestro Sañz Basabe, director de la Banda municipal de Bilbao. Pensionado por el conde de Zubiría para perfeccionar sus estudios técnicos en París, ingresó en la «Schola Cantorum», donde estudió la composición con Vincent d'Indy, y el órgano con Philip y Déceaux, ampliando más tarde sus estudios de órgano en Bruselas con Jongen, el famoso organista belga. (Guridi pertenece a la pléyade de organistas vascos tan notables como Gabiola, Busca, Urteaga, Lizarriturri, Ilustiza, Rodríguez).

Las obras más importantes de Guridi son: La pastoral lírica «Mirentxu», estrenada en Bilbao en Mayo de 1911 y cantada en el Liceo de Barcelona y en la Zarzuela de Madrid; «Leyenda vasca», interpretada por la orquesta sinfónica de Barcelona que dirige el insigne maestro Lamothé de Grignon; «Una aventura de Don Quijote», poema sinfónico, única obra premiada en el Concurso del Círculo de Bellas Artes, que ha dado a conocer la Orquesta Filarmónica en los conciertos populares de Price; la ópera en tres actos «Amaya», inspirada en la novela de Villoslada, que Guridi conceptúa como la más interesante de sus obras y que se estrenará en Bilbao.

La obra más popular de Guridi, por su delicadeza y ternura, es las escenas infantiles «Así cantan los niños» para piano y voces, cantada dos veces a petición de los socios por la Capilla Isidoriana en la Sociedad Nacional con un éxito extraordinario. Guridi ha escrito muchas obras más: el poema sinfónico «Egloga», premiado en la Exposición de Valencia, donde también obtuvieron recompensa merecida su «Fantasía» para órgano y una composición inspirada en la poesía

de Víctor Hugo «Saison des semailles». Es autor de un cuarteto; de una sonata para violoncello y piano; de varias canciones con letra española; de una colección de melodías vascas para canto y piano; de algunas obras religiosas y de otras obras de carácter popular, entre las que



EL MAESTRO GURIDI

sobresalen las armonizaciones de algunos cantos vascos, tan aplaudidos en los festivales organizados por el Círculo de Bellas Artes y celebrados en el Teatro Real la primavera pasada, cantados por el Orfeón Donostiarra, tales como los titulados «Maitasnu Oñazea», «San Juan An-teportaletaña» y «Coiko Meyan», que figuran con frecuencia en programas de conciertos.

Guridi, desde la dirección de la Coral Bilbaína (en Bilbao vive desde niño), está realizando una labor artística y patriótica, renovando y enriqueciendo el repertorio coral con obras de carácter

popular, y lo hace con un arte y una finura admirables. En el aspecto de director, Guridi ha dirigido, además de algunas obras suyas, el «Requiem» alemán, de Brahms, para coros y orquesta, cantado por la Sociedad Coral de Bilbao, por primera vez en España, en el Palau de la Música Catalana.

La personalidad de Guridi en período de desarrollo, pues es muy joven, permite predecir para lo futuro, en vista de su afortunada producción actual, las más halagüeñas esperanzas, ya que las realidades presentes demuestran que contamos con un músico de mucho talento y de gran cultura musical, con una orientación sana y por lo tanto verdaderamente artística. Seguro de sí mismo, Guridi no recurre nunca en sus hermosas e inspiradas obras a la extravagancia premeditada; es un espontáneo, un intuitivo que pone en sus composiciones el alma entera de su raza y lo hace siempre con la naturalidad y la difícil sencillez de quien posee un temperamento de artista.

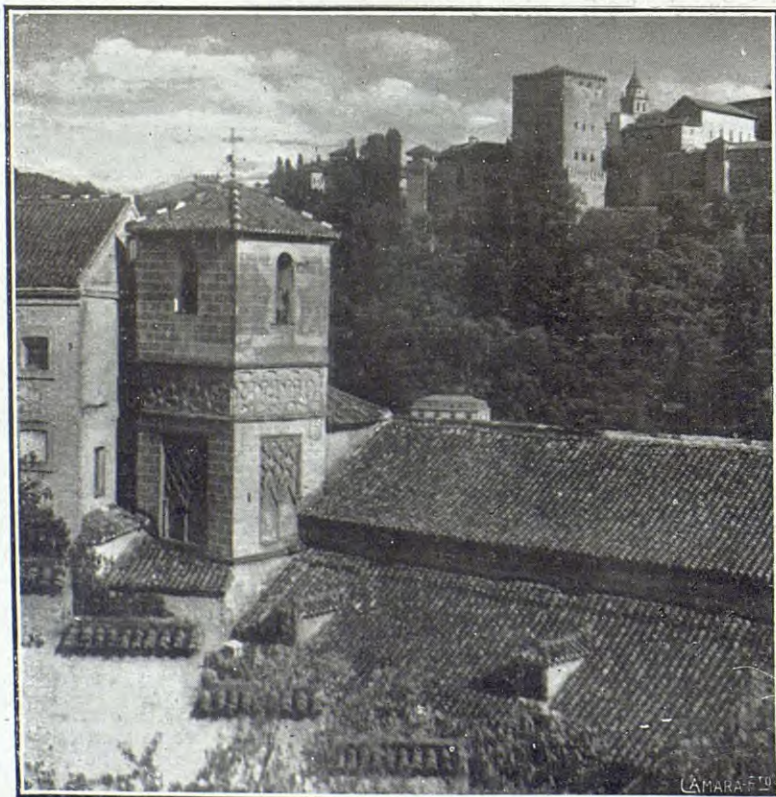
Toda la música que conozco de este inspirado compositor, de tendencias nacionalistas, se distingue por la nota poética, un poco melancólica, algunas veces de encantadora languidez; pero en su poema «Una aventura de Don Quijote», admirable de carácter, se revela el temperamento artístico de Guridi con una movilidad, un vigor y un nervio que me ha sorprendido agradablemente. La obra del compositor vasco se desarrolla en un ambiente popular; glosando musicalmente la aventura del vizcaíno, aprovecha aquel momento en que Don Sancho Azpeitia aparece en la inmortal novela de Cervantes, y utilizando, muy acertadamente, algunos temas populares vascos, los desarrolla en forma sinfónica, que en el trabajo temático, labor de verdadero artista, se entremezclan con otros temas: uno salmantino y otro, el de Don Quijote, original.

Guridi ha querido, para no perder su personalidad, ser vasco una vez más, y lo consigue, pues, su preciosa partitura refleja perfectamente el espíritu, algo rudo algunas veces, de su tierra. El artista ha realizado musicalmente lo que se proponía y lo ha realizado con fortuna.

Guridi presenció el éxito de su poema desde un palco del teatro de Price.

ROGELIO VILLAR

ESPAÑA PINTORESCA



Granada.—San Juan de los Reyes y al fondo la Alhambra



Segovia.—Paisaje de los alrededores de la Catedral

FOTS. COL



“La Gloria”.—Techo pintado en la iglesia de San Francisco el Grande por José Garnelo y Alda

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

JOSÉ GARNELO Y ALDA

LA pintura es el lenguaje supremo de líneas y colores, y este nuestro arte sería muy pobre cosa si no tuviera otra función que la de reproducir con fidelidad las formas y los objetos. No; por encima de la palabra que recita y copia está el verbo del sentimiento que da alma a las cosas y vida y honda significación a cuanto tocan los pinceles. (Caracteres de la obra pictórica de «El Greco».)

«Memoria de los efectos de luz, del color, de la calidad de todo cuanto existe en el orbe, debe contenerse en la pequeña masa del cosmos inteligente de cada individuo; movimientos múltiples, correspondientes a todos los factores del universo, las

neuronas en acción, deben parecer, como infusorios luminosos inquietos en un recipiente estrecho, presididos en la gran república por esa reina impalpable, el alma de cada ser, señora en ese gran palacio, lleno de misterios, contenido en la cavidad craneana.» (El dibujo de memoria.)

Bien elocuentes y expresivos son estos dos fragmentos de sendos discursos de José Garnelo. En uno está como resumido su credo estético; en el otro luce, junto al galano estilo, la sólida fuerza de la cultura. Estamos, por lo tanto, en presencia de uno de los pintores españoles que mejor han sabido razonar fuera de su arte la significación de él,

y que, afortunadamente, no responde a la inconsciencia y a la ineducación intelectual de la mayoría de los artistas.

Por el contrario, se equilibran en José Garnelo las facultades críticas y las facultades creadoras para alcanzar la mayor suma de ponderaciones posibles. Repasando imaginativamente todos los lienzos que ha pintado, vemos siempre que presidió en la elección de asuntos algo más que «un naturalismo mudo» ó que una fantasía intrascendente. Siempre ha procurado que sus cuadros tengan un sentido dramático ó didáctico, que sugieran emociones ó susciten recuerdos; que fundida en la belleza ex-

terna del cromatismo y del arabesco, quede también la otra no menos importante de la idea creatriz. Así cada cuadro de José Garnelo se ajusta a este criterio, firmemente sustentado por él en diversos opúsculos, folletos, discursos, memorias y artículos en revistas artísticas, de «verdad, emoción y armonía», los tres aspectos sustantivos de la belleza, fin supremo del arte».

En virtud de este difícil dualismo del insigne pintor, fué elegido primero académico de la de San Fernando, luego secretario de la Sección de Pintura y después subdirector del Museo del Prado, como tácito reconocimiento a su fama de erudito en cuestiones estéticas y de literato que termina con la pluma lo que los pinceles inician...

ooo

José Garnelo y Alda nació en Montilla, provincia de Córdoba, el año 1867. Su padre empleaba los ratos de ocio que le dejaba la carrera de médico para pintar cuadros y escribir poesías y estudios de estética, entre los cuales sobresale una *Antropología artística*, publicada en 1885.

No tuvo, pues, que luchar José Garnelo como tantos otros pintores, con la hostilidad familiar en el libre ejercicio de sus aptitudes. Encontraron, tanto él como su hermana Eloísa, toda suerte de facilidades y alientos, por parte de su padre, para dedicarse a la pintura.

A los dieciséis años ingresa en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla y en la clase de colorido de Eduardo Cano, asistiendo al mismo tiempo, como discípulo, al estudio de un notable pintor, paisano suyo, llamado Solano Requena. En este período de los comienzos de su carrera, José Garnelo trabaja de un modo entusiasta y tenaz, logrando distinguirse de sus compañeros y decorando, en unión de su hermana, la capilla del Asilo de los Dolores, en Montilla.

En 1887, concurre, por primera vez, a una Exposición Nacional. Fué en aquella que inauguró el Palacio del Hipódromo, perdido hoy, desgraciadamente,



El ilustre pintor José Garnelo, en su estudio

para el arte. Presentó Garnelo *La muerte de Lucano* y obtuvo una segunda medalla. Rápidamente, apenas cumplidos los veinte años, conquistaba renombre el novel pintor. Aconsejado por su maestro Casto Plasencia, toma parte en las oposiciones de la pensión en Roma el año 1888 y consigue la plaza con el cuadro titulado *El centauro Neso*.

Bruscamente se inicia entonces en José Garnelo un cambio de orientación estética. A pesar de su educación artística, a pesar de la preponderancia —un poco nefasta— de los cuadros de historia, a pesar del ambiente de forzoso clasicismo que envuelve a los pensionados de Roma en la Academia de España, incluso por encima de las indicaciones de su propio temperamento, José Garnelo pinta un cuadro totalmente opuesto a lo que podía esperarse de él entonces.

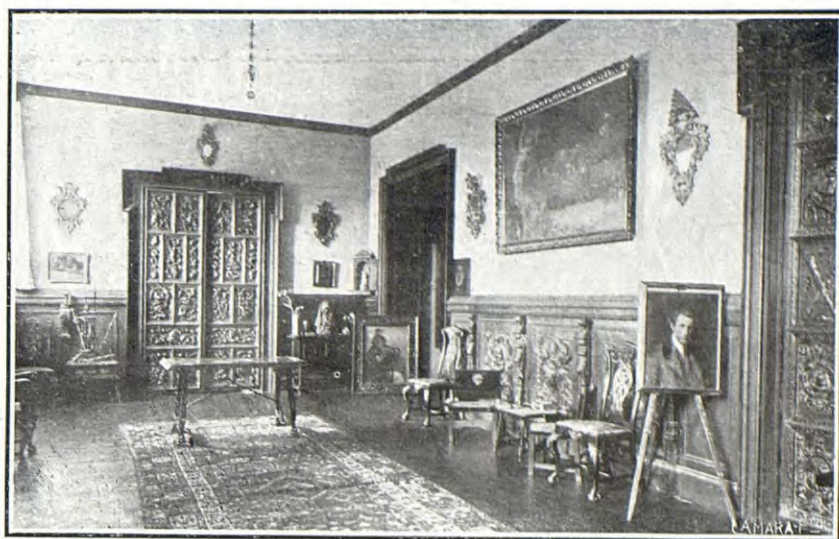
Este cuadro es el *Duelo interrumpido* que presentó en la Nacional de 1890. El *Duelo interrumpido* reproduce una de las escenas más dramáticas de *Le Maître des forges*, la novela de Jorge Olmet, tan popular en aquel tiempo. Se afiliaba con este lienzo entre los realistas, entre los artistas que pintaban la época en que viven. He visto el *Duelo interrumpido*, ahora, al cabo de veintisiete años, y le encuentro positivas bellezas técnicas e indudable riqueza emotiva. Y, sin embargo, *El duelo interrumpido*, si se premió con segunda medalla, fué duramente atacado; no como pintura, sino como tendencia. A Garnelo en plena juventud le faltó valor para defender esta tendencia con nuevos lienzos realistas como el *Duelo interrumpido*, como *Sin trabajo*—presentado

en la misma exposición—, como *Razón de Estado*, cuadro revolucionario que no llegó a terminar.

Dos años después, terminada ya su pensión, Garnelo ha rectificado al parecer su conducta. Torna a la pintura de historia y a los asuntos clásicos. En la Nacional de 1892 presenta, además de *Cornelia*—envío oficial de pensionado



"Duelo interrumpido", cuadro de José Garnelo



Detalle y sala del estudio de José Garnelo en el Museo Nacional de Pinturas

que obtuvo primera medalla—, *Los primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón* y una copia de la *Primavera* de Botticelli. A estos cuadros siguieron otros de semejante inspiración, *Coriolano*, *Periclés*, *Tabaré*.

En 1894 es premiado por la Academia de San Fernando en reñidísimo concurso, su cuadro *La cultura española á través de los tiempos*, muy interesante por su acertada composición y buen gusto decorativo.

En 1901, obtiene consideración y honores de primera medalla con el cuadro *Manantial de amor*, que señala otro aspecto del arte de José Garnelo: el de la pintura simbólica, animado, como los otros, de un gran aliento romántico y de una lógica obsesión de interpretar los cuadros como pinturas morales.

No por ello abandona totalmente la pintura realista. Alterna con las grandes obras de decorado de palacios y templos, con los lienzos de evocación histórica, los



"Manantial de amor", cuadro de José Garnelo

retratos—alguno tan notabilísimo como el de su madre, que es un feliz hallazgo de sobriedad emotiva y colorista—y los cuadros de escenas y tipos coetáneos nuestros.

Comienza en 1894 su carrera de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza y cinco años después obtiene por oposición la cátedra de Dibujo del Antiguo y Ropajes en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, de Madrid.

En 1912 ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y en su discurso de recepción desarrolla un tema tan interesante y tan sanamente revolucionario como *El dibujo de memoria, pedagógicamente considerado*.

Por último, el año 1915, al morir Salvador Viniegra, es nombrado Subdirector del Museo del Prado.

Tal es la historia artística de José Garnelo.

SILVIO LAGO



"La cultura española á través de los siglos", cuadro de Garnelo, existente en la Real Academia de San Fernando



EL MISTERIO LUMINOSO Y PERFUMADO...

La humanidad se desespera desde hace siglos con la ilusión de que sonríe la Esfinge. Ahora hay más. Existe la Esfinge que no deja de sonreír. Sus enamorados se preguntan el sentido de la amable mueca estereotipada en el rostro del muñeco de carne que parece nácar, la rival de la otra Esfinge, la de granito que semeja carne dorada por el antiguo sol africano...

La boca hermética del coloso inquietante en el arenal, no insinúa deseo alguno. El peregrino acaba resignándose á que se diluya su interrogación en la indiferencia suprema del monstruo legendario.

Pero la sonrisa de esa mujercita moderna ¿qué quiere decir? ¿Nostalgia? ¿Esperanza? El misterio que intenta revelar algo, es más terrible que el que se escuda en una impenetrable mudez... Lo que va de los ojos sin pupila de una estatua á la mirada relampagueante de una máscara...

El hormiguero de apasionados y devotos lucha por adivinar el secreto del idolillo. Desde el mundano frívolo y escéptico al soñador solitario en su rincón, pasando por Don Juan y Don Luis, nadie acertó con la clave de la doble sonrisa de los labios y los ojos. Uno de los galanes le ofrece el corazón á la damisela, y no embriaga su aroma de

tragedia sentimental. Otro levanta un ramo de flores, y la ensimismada no ha suspirado al oler las rosas ni las magnolias... Las rosas, que hacen suspirar levantando los párpados, y las magnolias que obligan á bajarlos... Todos los pretendientes acuden con su talismán...

La Esfinge sonríe, sonríe siempre... La Esfinge no sonríe más que para que luzca su dentadura, su boca de un escarlata luminoso; la Esfinge sonríe agradecida al milagro del *Oxenthol*, uno de los privilegiados productos de la *Perfumería Floralia*.